

N° 89, 2005/4

Promotio Iustitiae



4 - 17 Septiembre 2005
Santa Severa - Roma

BUSCAR LA PAZ EN UN MUNDO VIOLENTO

**Taller sobre Violencia y Guerra:
Intereses Culturales y Económicos**



Secretariado para la Justicia Social

BUSCAR LA PAZ EN UN MUNDO VIOLENTO NUEVOS RETOS

**Taller Internacional sobre Violencia y Guerra:
Intereses Culturales y Económicos
Santa Severa 4 – 17 Septiembre**

PRESENTACIÓN _____	5
<i>Fernando Franco SJ</i>	
GUERRA Y PAZ EN EL CONTEXTO DEL DIÁLOGO INTER-RELIGIOSO: UNA VISIÓN RESUMIDA _____	11
<i>Peter-Hans Kolvenbach SJ</i>	
PRESENTACIÓN AL PADRE GENERAL _____	15
<i>Julia Dowd</i>	
DOCUMENTO FINAL _____	17
<i>Participantes</i>	
“EL CONOCIMIENTO EXISTE ENTRE NARICES...” _____	27
<i>Peter Bisson SJ</i>	
DISCERNIMIENTO PARA LA NO-VIOLENCIA _____	30
<i>Rudolf C. Heredia SJ</i>	
PRESENTACIÓN DE LOS PARTICIPANTES _____	33

Editor:	Fernando Franco SJ
Editora Asociada:	Suguna Ramanathan
Coordinadora de Redacción:	Liliana Carvajal
Gráfico:	Daniele Frigeri SJ

El Secretariado para la Justicia Social de la Curia General de La Compañía de Jesús publica *Promotio Iustitiae* en castellano, francés, inglés e italiano, utilizando papel sin cloro (TCF).

Quien desee recibir *PJ*, puede enviar su dirección postal al Editor (indicando el idioma deseado).

PJ se publica también electrónicamente en el World Wide Web en la dirección:

www.sjweb.info/sjs.

Si le llama la atención alguna idea de este ejemplar, recibiremos con gusto su breve comentario al respecto. Si desea enviar una carta a *PJ* para su inclusión en un próximo número, utilice, por favor, la dirección, el fax o el correo electrónico indicados al final de esta página.

Se anima a reproducir los artículos de *PJ*. Rogamos que se cite como fuente *Promotio Iustitiae*, y que se indique también la dirección. Por favor envíe una copia al Editor. ¡Gracias!

PRESENTACIÓN

CONSIDERACIONES SOBRE LA ARQUEOLOGÍA DEL TALLER

Fernando Franco SJ

Con un cierto grado de estupor y asombro pretendo esbozar los principales objetivos y el proceso del “Taller Internacional sobre Violencia, Guerra y Paz”, que tuvo lugar en la casa de Ejercicios de Santa Severa, frente al Mar Mediterráneo. Cuando paso revista al año entero de preparación con sus momentos de euforia y desesperanza, sus momentos álgidos y apagados, me asombro ante la capacidad de adaptación y la fe de los que trabajaron duramente hasta conseguir que disfrutáramos de él. No del todo libre de la experiencia de los 15 días compartidos con un grupo de gente estupenda, todavía estoy maravillado ante la manera como Dios nos condujo a través de senderos que yo, al menos, no me había imaginado en absoluto. Si algo hay que lamentar, es la persistente tristeza por no haber confiado más plenamente en Dios y en el grupo.

Dos preocupaciones compartidas con los Coordinadores regionales en nuestro encuentro anual en Roma, ya en 2003, constituyen la base de nuestro Taller. La primera está obviamente relacionada con la emergencia a nivel mundial de nuevas formas de violencia, conflicto e iniciativas de paz, ubicadas con especial virulencia e intensidad en el continente africano. A esta preocupación hay que sumar la creciente obsesión por la seguridad nacional e internacional ante el fenómeno del terrorismo. Desde una perspectiva global, la guerra y el terrorismo producen un considerable impacto en los objetivos casi idénticos de alcanzar una vida mejor para todos e incrementar el respeto a la dignidad humana. Más explícitamente, en el contexto de África, uno se siente abrumado por la certidumbre de que, dentro de unos años, cuando se escriba la historia de África, las generaciones futuras podrán entender los efectos devastadores de una nueva y

más sutil forma de colonialismo que sacrificó en el altar de un acceso seguro a los recursos naturales, las vidas y la dignidad de naciones y comunidades enteras.

La segunda preocupación tiene que ver con un problema interno. Al reflexionar sobre la situación del apostolado social en los últimos años, llegamos a la conclusión de que no poseíamos esa creatividad y brillantez en nuestro análisis social que ayudó a la Iglesia, al comienzo del siglo XX, a encararse con los problemas sociales que surgían de la naciente fuerza del mundo laboral. Es verdad que muchos falsos ídolos e ideologías se han desmoronado, pero nuestra respuesta a estos nuevos cambios parecían estar un tanto desvirtuados por un enfoque metodológico anticuado y por concepciones todavía ancladas en el prejuicio y el antagonismo. En este mundo complejo e interdependiente, algunos de nosotros parece que estamos todavía atrapados en la batalla ideológica entre los que están en lo cierto (nosotros), y los que están equivocados (ellos). ¿Cómo podríamos integrar el análisis crítico con la tradición espiritual y humana arraigada en los Ejercicios Espirituales? ¿Podría el hecho de estar enraizados en nuestro modo de vida jesuita no convertirse en un nuevo instrumento metodológico para encontrar nuestra respuesta a los urgentes desafíos de nuestro tiempo?

Estas dos preocupaciones principales fueron las luces que guiaron la búsqueda de un modo de actuar como cuerpo apostólico en el tema de la guerra y la paz. El camino tenía, en algún sentido, que hacerse mientras caminábamos. Una reunión con un pequeño grupo de jesuitas en Lovaina, sirvió para comprobar la validez de nuestras preocupaciones y examinar la viabilidad de nuestros sueños. Fue alrededor de estas intensamente discutidas sesiones como empezaron a surgir algunos presupuestos básicos.

Un Taller de este género debía tener en cuenta las principales preocupaciones de los jóvenes jesuitas; tenía que responder a los desafíos que ellos

perciben y a los cambios que ellos prevén. Desde el comienzo mismo estuvo muy presente la preocupación por incluir a la extendida “familia ignaciana”. Tuve problemas con este concepto debido a su sesgo occidental. En un mundo no-cristiano, nuestros compañeros seculares poseen antecedentes culturales y religiosos diferentes, y ese término tiene resonancias muy diferentes. Pronto se hizo evidente que el Taller tenía que incluir a compañeros seculares y reconocer que son uno de los principales apoyos del apostolado social.

Con la misma fuerza tuvimos que aceptar que las mujeres forman un grupo muy significativo entre los que comparten nuestros sueños apostólicos y participan en nuestro trabajo. Su contribución no ha sido suficientemente comprendida, ni se ha reconocido su papel específico. Rápidamente nos pusimos de acuerdo en que algunas mujeres que comparten nuestra misión tenían que participar en el Taller. Esto nos llevó a estipular que por lo menos la mitad de los seculares participantes en el Taller deberían ser mujeres.

Pronto nos vimos confrontados en nuestras reflexiones por el desafío de la “*diferencia*”. Cada vez más la realidad social que nos confronta en todo el mundo es el desafío de construir comunidades pluriculturales, capaces de encontrar nuevas normas para convivir. El análisis de un tema global como el conflicto y la guerra, que algunos interpretan como un choque de civilizaciones, no lo podía tratar un grupo proveniente del mismo país o región, que viven su compromiso en modelos culturales semejantes, y que tienen posiciones intelectuales similares. Si el desafío de la diferencia iba a ser tratado frontalmente, teníamos que aspirar a contar con un grupo que fuese verdaderamente representativo de la diversidad cultural que existe hoy día en el mundo y en la Compañía.

La diversidad cultural no fue nuestra única preocupación. En el pasado hemos tenido la tendencia a tratar cuestiones y analizar problemas con un grupo estrecho y familiar, con aquellos que creíamos estaban ya “iniciados” en nuestro propio modo de pensar, que compartían nuestra metodología y que decididamente pertenecían a nuestro campo. Las divisiones ideológicas, como

bien sabemos, han hecho estragos y todavía siguen haciéndolos en nuestras decisiones comunitarias. Antes que evitar la confrontación ideológica, un Taller sobre el conflicto tenía que crear espacios y condiciones en las que el conflicto ideológico pudiera tratarse de una manera creativa.

También nos veíamos confrontados por otra diferencia “tradicional” que ha causado mucho daño al sector social: la distinción entre académicos y activistas. Durante años hemos caminado por rutas paralelas, si es que no han sido rutas de enfrentamiento, y nos sentíamos felices mientras vivimos nuestras vidas separadas y luchamos nuestras nobles batallas hasta que el mundo cambió radicalmente una tarde en Berlín. Ahora parece que nos desafían muy complicadas cuestiones cuya solución requiere la habilidad de convocar a un conjunto de heterogéneos protagonistas, que puedan descubrir juntos una solución. Asumimos conscientemente la decisión de incluir en el Taller a académicos y activistas, convencidos de que muchos jesuitas intelectuales están involucrados en muchos tipos de activismo y de que los activistas cada vez más están implicados en la reflexión y el examen introspectivo.

Éramos también conscientes de que muchos intelectuales y activistas estudiosos de la paz (a la vez investigadores sobre el tema del desarrollo), han estado insistiendo en que en algunos temas cruciales relacionados con la paz, derechos humanos y desarrollo, enfoques teóricos diferentes tienden más a converger que a divergir. La urgencia por resolver los problemas relacionados con el acceso al agua, la educación, la higiene, y los relacionados con la salud, han contribuido a favorecer la adopción de un planteamiento que aúne los esfuerzos de todos los interesados en el problema a fin de resolver los conflictos y encontrar soluciones. La interdependencia global nos ha enseñado, así lo defendíamos, que sólo se puede llegar a las soluciones por medio del consenso de muchos intereses diversos, de la creación de amplias coaliciones o alianzas.

Esta manera de pensar nos convenció de la necesidad de reunir a personas de posiciones ideológicas diversas y profesionales que trabajan con métodos diferentes. En cuanto fue posible, nos esforzamos por invitar a personas de diferentes

posiciones intelectuales, que veían la realidad desde diferentes puntos de vista. Como resultado, el Taller congregó a intelectuales, profesionales y activistas. Hay que decir, con toda franqueza, que la mayoría de los participantes combinaban investigaciones académicas con ocupaciones pastorales; teología con un interés entusiasta por las cuestiones ecológicas; una larga experiencia de lucha contra corporaciones transnacionales con una profunda experiencia espiritual. Asumimos, por tanto, que los viejos esquemas y etiquetas de antaño no seguían siendo útiles.

Para resumir. Una de las preocupaciones del Taller y una de las lecciones aprendidas es que en la búsqueda de una nueva metodología social debíamos aceptar la diferencia más que despreciarla; teníamos que ocuparnos de esta "diferencia", y verla como terreno y espacio en los que pueden desarrollarse metodologías importantes y creativas.

Este confrontar la diferencia de modo positivo y establecer contactos a través de fronteras geográficas y culturales se conectó con una preocupación seminal cuando comenzamos nuestro proceso: la incapacidad de la Compañía, como cuerpo apostólico, de usar efectivamente su universalidad. Muchas de nuestras primeras discusiones tocaron el tema de las fronteras originadas por el término "provincia" en la Compañía. Al entrar en el Noviciado se nos dijo que nos hacíamos miembros de la Compañía universal. Para muchos de nosotros aquello seguía siendo un sueño, una idea utilizada con el fin de aumentar el atractivo de nuestra vocación. Para muchos, la actividad misionera en otro país, una llamada a trabajar en ultramar durante un período de tiempo, constituyó una prueba tangible de la universalidad de la Compañía. Pero incluso en esos casos, los misioneros tenían que vivir dentro de los límites geográficos de una provincia, y éstos se mantuvieron bastante cerrados durante largo tiempo.

Aunque lamentamos el excesivo provincialismo, no éramos tan ingenuos como para olvidar que el sistema "provincial" contiene una gran riqueza y sabiduría apostólicas. Estar plenamente enraizados en una provincia (o en una diócesis), tener fuertes lazos locales ha sido en el pasado fuente de

grandísima inspiración de muchos esfuerzos en el campo de la inculturación. Los jesuitas pudieron dominar un idioma y adentrarse en la riqueza de una cultura, porque sabían que estaban allí de por vida. La tradición histórica de la inculturación, -entendida en un sentido amplio-, siempre implica un compromiso permanente con el lugar para toda la vida.

Nuestra preocupación personal respecto a un provincialismo exagerado brotaba no del menosprecio de lo local, sino de la falta de comprensión de lo global que pudiera esconderse en el "localismo". Tanto lo local como lo global son necesarios. Nuestra preocupación giraba en torno a los nuevos modos como lo global afecta a lo local y lo local penetra en lo global. Para expresarlo simplemente: las estructuras del gobierno de la Compañía eran excelentes en la promoción de lo local, pero parece que se han vuelto singularmente incapaces de hacer frente a lo global.

Pronto caímos en la cuenta de que crear un espacio en el que jesuitas y colaboradores seculares de todo el mundo pudieran vivir y reflexionar juntos sobre un tema global como la paz y la guerra, significaría precisamente tocar el núcleo del "provincialismo". El acento en la experiencia local concreta, como después indicaré, reconoce la importancia de lo local, pero el dinamismo generado por la confrontación de tres historias clínicas representando a tres continentes diferentes, y el fomento de una estrecha interacción con personas de culturas muy diferentes, conduce inevitablemente a una comprensión de las limitaciones del provincialismo.

Permitidme que vuelva al gran deseo que sentíamos de buscar una pedagogía enraizada en nuestra tradición ignaciana, en la experiencia fundamental de los Ejercicios Espirituales. Mucho se ha hablado y escrito sobre la necesidad de encontrar modos prácticos para vivir la interconexión de una Fe que hace justicia. Los jesuitas jóvenes (y los no tan jóvenes), sienten fuertemente la necesidad de enraizar su entrega a la justicia en nuestro carisma y compromiso específico con la Fe. No se trata sólo de determinar con claridad nuestra identidad y nuestra actitud específica desde la cual luchamos por la justicia. Más explícitamente, este deseo parece estar fundado en la convicción de que para

un jesuita, el esfuerzo por desarrollar una metodología social debe surgir de sus propias raíces epistemológicas. No sigue siendo posible vivir dos vidas separadas o paralelas: una como persona espiritual, y otra como un académico o activista ocupado en las cuestiones de este mundo.

Nuestros esfuerzos por desarrollar esta metodología pueden haber tenido éxito al menos en parte. Lo que el Taller nos ha enseñado es que la elección hecha fue acertada, incluso si fracasamos en llevarla a la práctica de modo consistente.

Sobre el fundamento de estas premisas ignacianas, decidimos que el Taller en su totalidad se pudiera ver como un ejercicio de *discernimiento comunitario*, en el que intentáramos descubrir el plan de Dios para nosotros en este mundo atormentado por los conflictos y la violencia, y bendecido con muchos esfuerzos en pro de la paz. Durante la sesión preparatoria final tenida en Lovaina, nos propusimos que en la práctica nuestra metodología debería combinar los siguientes elementos.

La experiencia como punto de arranque. La contemplación ignaciana de la Encarnación y otras meditaciones de la segunda, tercera y cuarta semanas siguen de cerca este planteamiento. El punto inicial del Taller fue la presentación de tres historias (*case studies*) que describían situaciones de violencia, conflicto y esfuerzos por construir la paz en Colombia, El Chad y la India. Las historias fueron escritas con todo detalle antes del Taller, y los participantes se habían familiarizado con ellas antes de llegar a Santa Severa. ¡El grupo de la India llegó hasta visitar todos juntos el sitio y las personas que se describían en la historia de la India!

Una tras otra, estas tres experiencias hicieron de anclas simbólicas a las que se fueron incorporando otras experiencias personales. La contemplación de una experiencia en Colombia o en África provocó otras experiencias personales de violencia y paz en Indonesia, Irlanda del Norte, o Ruanda. El trazado de las experiencias se hizo con todo cuidado, acrecentando la profundidad del análisis paulatinamente, y manteniendo una gran

delicadeza y respeto. Este re-contar y re-vivir las experiencias se desarrolló en pequeños grupos y también en reuniones plenarias. Cada una de las tres historias continuaba al día siguiente con una repetición ignaciana, en la que se pedía a los participantes que la releyeran críticamente y que fuesen conscientes de las consolaciones y desolaciones que habían sentido.

Análisis crítico y el proceso cognoscitivo. Durante el segundo día de repetición y a propósito de la historia que se exponía, se entrelazaron las intervenciones de los expertos que abundaban en el grupo. Las cuestiones suscitadas fueron a veces provocativas: una vigorosa crítica de los que consideraban la globalización desde perspectivas simplistas. Algunas intervenciones fueron muy esclarecedoras: una perspicaz presentación de un antropólogo sobre las complejas cuestiones relacionadas con la formación de la identidad. Las hubo también apasionadas: las consecuencias devastadoras de la pérdida de soberanía nacional, esto es: la incapacidad de decidir el presupuesto nacional de un país por medio de sus diputados legítimamente elegidos. Otras intervenciones tocaron puntos delicados: los matices que hay que tener en cuenta para comprender la necesidad y los límites de la reconciliación.

Momentos de oración. Éstos fueron cruciales para encontrar la posición de cada uno, para clarificar la motivación personal, y para descubrir la voluntad de Dios. Se intercalaron momentos de reflexión silenciosa en las sesiones de los grupos pequeños y en la agenda del día para todo el grupo. No se pretendió establecer una uniformidad, sino que se elegían los momentos según la dinámica de cada grupo. Las experiencias personales durante los momentos de silencio quedaban recogidas en los cuadernos de notas que cada miembro del grupo había recibido.

La interpelación basada en el aprecio como una forma de diálogo. Las discusiones académicas, como por desgracia sabemos, con frecuencia se convierten en batallas personales en busca de supremacía intelectual. La interpelación basada en el aprecio, por el "otro", tiene como objetivo una escucha atenta, un esfuerzo sincero de apreciar la aportación positiva en la posición del otro, y un

esforzarse por establecer una atmósfera de confianza entre los que quieren dialogar. Este planteamiento sostiene que la crítica es positiva cuando está basada en un aprecio mutuo.

Un uso equilibrado, no siempre conseguido, de estos cuatro planteamientos facilitó el ejercicio de las facultades intelectuales y el movimiento de la voluntad. En varias ocasiones, se pidió a los participantes que hicieran una opción y definieran su postura. La elección es, como todos sabemos, un momento importante en los Ejercicios Espirituales.

Somos conscientes de que las experiencias no son nunca datos "puros". Los relatos están siempre encarnados en percepciones individuales o colectivas, y por lo general están motivadas por intereses ocultos. La combinación de momentos donde predominaba el ejercicio de crítica intelectual, con momentos de diálogo y oración proporcionaba a los participantes un espacio interior para descubrir las "pasiones" desordenadas y buscar sólo la voluntad de Dios.

Inspirados también en la pedagogía de los Ejercicios Espirituales (EE) propusimos al grupo algunas **normas básicas** que reflejasen una serie de valores fundamentales. La intención era que estas normas pudieran cumplir el mismo objetivo que las "Anotaciones" de los Ejercicios: proporcionar una ayuda para entrar en el proceso del Taller y establecer unas reglas de juego para que sirviesen de guía a nuestro modo de proceder. Propusimos a los participantes que estuvieran dispuestos (i) a aprender y a discernir; (ii) a aceptar nuestra condición de pecadores y nuestras limitaciones; (iii) a estar dispuestos al cambio y a soñar; y finalmente (iv) a colaborar y trabajar en grupo. Estas normas corresponden a las actitudes básicas ignacianas de "disponibilidad" [EE, 5]; la aceptación de mis limitaciones pero al mismo tiempo sabiendo "mirarme a mí mismo con los ojos de Dios" [EE 59, 60], el *magis*, o el "ofrecimiento de mayor estima y momento" [EE, 98], y la visión de la Compañía como un cuerpo apostólico (Const. 136; NC 311).

Paso ahora a considerar el papel que, según nosotros, debía jugar el documento preparado por

los participantes en el Taller. Estábamos convencidos del carácter especial de este grupo como representante del "*sujeto apostólico*" de la Compañía de Jesús. Confiábamos que este sujeto tendría una gran oportunidad de ofrecer al Padre General y a toda la Compañía los frutos de las deliberaciones. Un documento respaldado por todo el grupo, fruto de este proceso de discernimiento colectivo, podría muy bien servir como una respuesta indicativa de la Compañía a esta tema del conflicto, la guerra y la paz.

Desde el punto de vista de fijar unos objetivos a corto plazo para el Taller, el documento se convertía en un instrumento que podía concretizar el resultado del proceso, y en la expresión de una opción comunitaria. En una palabra, sentimos la necesidad de afirmar colectivamente la urgencia de la situación y proponer humildemente una serie de recomendaciones. Las dificultades experimentadas en la elaboración del texto, la pugna por encontrar un terreno común en medio de una multitud de opiniones, la presión por clarificar nuestras opciones y posiciones son sólo algunos de los aspectos que otorgaron al documento un lugar único en el proceso del Taller. Sería un error considerar el documento como el solo y único resultado de este proceso. La vigencia y utilidad de otorgar al documento este papel encuentra su validez en un punto medio entre los extremos.

Este número especial de *Promotio Iustitiae* es un intento de compartir la experiencia del Taller con nuestros compañeros jesuitas y con nuestros compañeros seculares repartidos por todo el mundo. El número arranca con un resumen del rico e iluminador discurso del Padre General a todos los participantes. Muchos reconocieron que sus palabras estaban llenas de claridad y sabiduría, y quedaron impresionados profundamente por la compasión que las animaba. Su presencia entre nosotros fue uno de los momentos más destacados del Taller.

El número continua con el documento aprobado por todos los participantes. Un comité presidido por el P. David Hollenbach trabajó arduamente para presentar en una sesión plenaria el primer borrador al final de la primera semana. Ayudado por Mauricio García Durán, Jacques Haers y

Costanza Pagnini, este comité, conocido como el “Equipo Académico”, trabajó en varias versiones hasta que al final se alcanzó un consenso. Les estamos muy agradecidos por su tenaz, silencioso y excelente trabajo.

Tras el documento viene la breve alocución de Julia Dowd agradeciendo al Padre General por su discurso, y haciéndose eco de los sentimientos de todos los participantes.

El número especial termina con dos artículos de Rudi Heredia y Peter Bisson. Los dos pueden considerarse como excelentes comentarios críticos del Taller al destacar las limitaciones del proceso. Constituyen una lectura obligada para los que quieran conocer el grado de éxito conseguido en los objetivos propuestos.

Sería una flagrante injusticia omitir los nombres de los miembros del “Equipo Facilitador”: Patxi Álvarez, Elías López y Jimmy Dabhi. Su pericia en preparar, conducir y evaluar las sesiones contribuyeron muchísimo al éxito del Taller. Fueron actores clave en la escucha diaria del informe elaborado por los cinco coordinadores de los grupos, y en la interpretación en común del camino que Dios nos invitaba a seguir. Con gratitud reconocemos las horas que consumieron en los encuentros preliminares, uno de ellos en Lovaina, y el otro, de tres días de duración, inmediatamente antes del inicio del Taller, en Santa Severa, en el que se preparó una detallada agenda de todo el programa.

Toda la logística del Taller estuvo a cargo de Daniele Frigeri, Liliana Carvajal y Winai Boonlue. A veces me pregunto si hemos sido capaces de comunicarles suficientemente nuestra gratitud y la convicción de que sin su fiel y clarividente

esfuerzo, el Taller se habría convertido en una pesadilla.

Como anuncia el subtítulo de esta introducción, estas líneas son, sobre todo y en primer lugar, unas consideraciones, un rumiar sobre lo que aconteció en el trasfondo preparativo del Taller. Es en este sentido –un poco a la Foucauld– hemos hablado de la *arqueología del Taller*: esos andamios de significación que se levantaron pacientemente y que sostuvieron esta iniciativa de buscar una nueva metodología social. Consideraciones de este tipo no pueden convertirse en la última palabra. Mi deseo es que ayudados por las contribuciones de otros participantes podamos algún día publicar una versión más exacta y crítica del proceso.

Termino utilizando el símbolo del *Banquete del Reino*, tan frecuentemente usado por Jesús al describir la experiencia del amor de Dios a la humanidad. Este fue el tema que elegí para la Eucaristía final. De pie, alrededor de la mesa del altar, todos nosotros sentimos que la palabra “Banquete” simbolizaba a la perfección aquel amor inclusivo de Dios que nos llama a todos a compartir Su amor y las espléndidas riquezas de este mundo. Junto con nuestro hermano musulmán de Filipinas, rezamos por la paz, y por el coraje creativo para hacer realidad Su mensaje.

Original inglés
Traducido por Antonio Maldonado SJ

Fernando Franco SJ

GUERRA Y PAZ EN EL CONTEXTO DEL DIÁLOGO INTER-RELIGIOSO: UNA VISIÓN RESUMIDA

Peter-Hans Kolvenbach SJ

Soy bien consciente de las dificultades que conlleva preparar y celebrar un encuentro como este. Han venido ustedes de lejos, dejando a un lado trabajo pendiente y asuntos urgentes. El tema es complejo y puede ser abordado desde muchos y diversos puntos de vista. No es fácil combinar los conocimientos académicos relativos a los estudios sobre la paz y la resolución de conflictos con experiencias muy variadas y diferentes. Juntar a académicos, activistas, hombres y mujeres de diferentes culturas, jesuitas y colaboradores laicos es una propuesta encomiable pero difícil. La logística requerida por la preparación del encuentro ha sido imponente: encontrar un lugar con una atmósfera adecuada para la reflexión y la oración y con un ambiente relajado y sereno, preparar todas las sesiones, preparar la infraestructura necesaria... Quisiera expresar mi agradecimiento a todos los participantes, así como a todos los que han hecho posible este encuentro. ¡El que todos ustedes estén aquí es ya un logro importante!

Soy consciente también de que se han propuesto ustedes un objetivo muy importante y ambicioso. Han querido reflexionar juntos sobre los temas del conflicto, la guerra y la paz. Han intentado avanzar en un proceso de discernimiento que es a la vez individual y comunitario. Con la ayuda de tres ejemplos procedentes de Chad, India y Colombia, han considerado nuevos aspectos de los conflictos y las iniciativas de paz que salpican toda la faz de la tierra.

Han preparado también un documento para mí, en el que narran sus experiencias de estos días, recogen las luces y sombras que han encontrado y ofrecen algunas recomendaciones, con la esperanza de que puedan servir de ayuda para todo el cuerpo de la Compañía y para nuestros colaboradores apostólicos en el servicio del Señor. Quiero asegurarles que estudiaré el documento y que buscaré el modo más apropiado de compartirlo con toda la Compañía.

En el preámbulo a mi intervención principal de esta mañana trazaré primero la historia reciente de la cada vez creciente comprensión compartida por los líderes religiosos del papel que puede jugar la religión en la construcción de la paz. A continuación señalaré la conexión que existe entre la guerra y la paz a través de un análisis etimológico de algunos términos; y finalmente pasaré a hablar de la ética que debe gobernar nuestras mentes y nuestra conducta en un contexto en el que se hacen guerras en nombre de la religión.

PREÁMBULO

Nuestro mundo está cada vez más interconectado y, siendo como somos diferentes, necesitamos unirnos para asegurar la paz. Un comienzo se produjo el 27 de octubre de 1986, cuando Juan Pablo II invitó a Asís a líderes de todas las religiones del mundo para orar por la paz en un mundo que se estaba volviendo cada vez más violento.

"El hecho de que tantos líderes religiosos se hayan juntado para rezar es en sí mismo una invitación dirigida hoy al mundo para que tome conciencia de que existe otra dimensión de la paz y otro modo de promoverla, que no es el resultado de negociaciones, compromisos políticos o acuerdos económicos. Es el resultado de la oración, la cual, en la diversidad de religiones, expresa una relación con un poder supremo que sobrepasa nuestras meras capacidades humanas" (Discurso de Juan Pablo II a los representantes de las Iglesias y Comunidades Eclesiales Cristianas reunidos en Asís para la Jornada Mundial de Oración del 27 de octubre de 1986).

Unos veinte años después, en un encuentro de líderes religiosos celebrado del 23 al 25 de mayo de 2005 en Tarrytown (Nueva York) se hacía la siguiente afirmación:

"Estamos de acuerdo en que las tradiciones cristiana y musulmana son clarísimas a propósito de la sacralidad de la vida humana y de la protección de todas las formas de la creación, incluyendo el medio ambiente... Por lo tanto creemos que la posición común mantenida por nuestras dos tradiciones... reclama la eliminación de las armas nucleares de la faz de la tierra."

El 11 de septiembre de 2005, hombres y mujeres de diferentes religiones se juntaron en un encuentro organizado por la comunidad San Egidio en Lyon (Francia) para reforzar un humanismo por la paz. Sin paz el mundo se vuelve inhumano. El encuentro reiteró que las religiones rechazan la violencia, la guerra y el terrorismo porque el nombre de Dios es "Paz". Ninguna guerra puede ser santa. El camino de la paz es el diálogo, que hace del extraño un amigo.

Permítanme pasar de la historia a la semántica. Si examinamos las palabras que aparecen tan a menudo en el discurso actual sobre la guerra y la paz, encontraremos que la semántica puede arrojar alguna luz sobre la cuestión. En las lenguas semíticas, un nombre representa el campo semántico al que pertenece. Por ejemplo, en árabe la palabra "*salám*" está relacionada con los conceptos de salud, bienestar, protección, seguridad y paz. El término árabe "*jihād*" (lucha, batalla) viene del término "*jahada*", que se ubica en el campo semántico de los conceptos relacionados con los verbos "esforzarse por", "trabajar por" y "molestarse por". En Túnez el mismo término se traduce ya como "ascetismo", ya como "lucha por la justicia".

Podemos notar también que en las lenguas indoeuropeas los nombres se utilizan en frases que revelan cómo los campos semánticos de la guerra y la paz están inextricablemente unidos entre sí. La lengua es un signo de cómo una cultura capta la realidad. Por ejemplo, "guerra" se convierte en un modo de proteger algo o a alguien. Ya los romanos habían acuñado en su literatura la conocida frase: *si vis pacem, para bellum* (si quieres la paz prepara la guerra). A partir de Munich 1938, el término "*appeasement*"¹ ha pasado a significar un modo de hacer concesiones con el fin de evitar la guerra y mantener la paz. Si las palabras reflejan la realidad, la semántica de la guerra y la paz puede demostrar lo estrechamente entrelazadas que están las condiciones de una y otra. Nosotros usamos con naturalidad expresiones como "luchar por la paz" o "guerra justa". Los cruzados utilizaron la expresión: "Dios lo quiere".

TRES PERSPECTIVAS ÉTICAS SOBRE LA GUERRA Y LA PAZ

En el actual contexto de los esfuerzos que se hacen por la paz hay tres expresiones recurrentes: "ética de la paz", "ética de la guerra" y la ética más general aplicada a la situación de guerra. Las tres suscitan la cuestión de cuál es la conducta moral adecuada en situaciones críticas. Hablaré sucesivamente de cada una de estas expresiones y perspectivas.

Ética de la paz

Todas las religiones han dado origen a movimientos pacifistas, incluso radicales. Esta perspectiva es lo que llamo una ética de la paz, o una ética que da prioridad a la paz sobre la guerra. Un punto de referencia podría ser el budismo: existe en él un mandamiento de proteger toda vida, en toda situación y condición, y no permitir que otros maten o sean matados (*Sutta-Nipala*, 394). No se sacrifica a los animales, no se entra en un prado para evitar matar a los insectos, no se pesca, no se caza, no se depura el agua para evitar matar incluso a los microbios. El príncipe Gautama era consciente de lo difícil y poco realista que sería imponer la ley de la no violencia a los muchos príncipes que le rodeaban, todos ellos llamados a defender las fronteras de sus reinos. Pero, aun así, en los tres tratados de Buda dirigidos a los soldados, insiste en que matar está siempre prohibido, incluso en el caso de defensa de las fronteras naturales: "El heroísmo en la guerra conduce a un infierno especial". La ética de la paz puede siempre verse desde una perspectiva negativa, en cuanto niega el lado agresivo de la realidad humana, y también como indiferente a las situaciones de injusticia y de miseria.

Ética de la guerra

Si la ética de la paz sostiene la paz a cualquier precio, debe señalarse que todas las religiones han albergado tendencias guerreras, movimientos belicistas, incluso radicales. La violencia ha sido considerada como el único modo eficaz de construir

¹La palabra inglesa *appeasement* significa literalmente "pacificación" o "apaciguamiento". En la historiografía española se suele hablar más bien del "contubernio de Munich" (N. del T.).

una sociedad mejor, más justa y pacífica. Desde esta perspectiva podemos hablar de una “ética de la guerra”.

Un punto de referencia evidente son las “gentes del libro”: la Torah, el Evangelio y el Corán. Se ve cómo la guerra formaba parte de la situación normal en el Próximo Oriente (tanto en el antiguo como en el moderno): el Señor combate con su pueblo, y, si es necesario, contra su pueblo. Sin embargo, el hecho de que las tres religiones monoteístas se centren exclusivamente en un solo Dios, excluyendo –incluso por la fuerza– a los otros dioses, no debe ser considerado como la razón por la que las tres religiones del libro dan testimonio de la cruel realidad de la violencia y de la guerra. También religiones no semíticas consagran el carácter religioso de la guerra; por ejemplo, en el *Gita*, Krishna aconseja a Arjuna que tome las armas por una causa justa en el campo de batalla de Kurukshetra.

Una ética radical de la guerra puede encontrarse actualmente en la “teología del terror” proclamada por el movimiento de Osama bin Laden y por grupos como los talibanes o el *Hizb al Taharir* (Partido Islámico de Liberación), fundado en Jerusalén en 1953. Desde este punto de vista, no hay otro camino para conseguir el objetivo, para imponer y promover el bien y eliminar y proscribir el mal, que el terrorismo y la lucha armada. La inspiración religiosa de una tal ética belicista radical está en una lectura muy selectiva de la enseñanza del Corán sobre la guerra. El Corán dice: “lucha contra los que, en el camino de Dios, luchan contra ti, pero no seas agresivo. Dios no se complace en la agresión” (2, 190). Por eso, en la tradición *hadith* se sugerían diversos límites con el fin de defender a los no combatientes, y ulteriores límites fueron elaborados por los estudiosos islámicos de la jurisprudencia. Pero la posición radical extrema mantiene que mientras la ley de Dios no impere en todas partes, especialmente en la tierra del Islam, y mientras los Estados Unidos y sus aliados, musulmanes y no musulmanes, sigan haciendo la guerra contra Dios, todo creyente está obligado a destruir radicalmente el mal, impulsado por un odio ciego e inflexible hacia “Occidente”. Esta lectura selectiva, unilateral y parcial del “libro sagrado” puede inspirar el terrorismo, pero la siguiente cita muestra

claramente cómo es más importante construir puentes que reclamar una justicia moral exclusiva:

“Durante demasiado tiempo los musulmanes nos hemos tapado los oídos y hemos gritado fuerte ‘Islam significa paz’ para acallar el ruido negativo de nuestro libro sagrado. Mucho mejor sería admitirlo. No borrarlo ni revisarlo, sencillamente reconocerlo y así unirnos a los cristianos y judíos moderados en el confesar los ‘pecados de la Escritura’, como dice un obispo norteamericano hablando de la Biblia. Actuando así, los musulmanes mostrarían una consideración que crearía confianza entre las comunidades mayoritarias de Occidente” (Irshad Manji, *Time*, 25 de julio de 2005, p.60).

Hasta ahora he intentado mostrar cómo la guerra y la paz están vinculadas entre sí. Por último, paso a hablar de la aplicación de la ética a la guerra y a las situaciones de conflicto, para preguntarnos si es posible avanzar hacia una ética justa y amorosa que tenga en cuenta la vida de todas las personas.

La ética de la paz aplicada a la guerra

En el encuentro de Asís en enero del 2002, los representantes de las religiones del mundo reconocieron que nadie puede matar en nombre de Dios. En el primer mandamiento de un decálogo por la paz, Juan Pablo II, en una carta dirigida a todos los jefes de estado, expresaba el acuerdo al que habían llegado todos los líderes religiosos:

“Nos comprometemos a proclamar nuestra firme convicción de que la violencia y el terrorismo son incompatibles con el auténtico espíritu religioso, y, al condenar cualquier recurso a la violencia y a la guerra en nombre de Dios o de la religión, nos comprometemos a hacer todo lo posible por eliminar las causas que están en la raíz del terrorismo” (Carta de Juan Pablo II a todos los jefes de estado y de gobierno del mundo y Decálogo de Asís por la paz, 24 de febrero de 2002).

En el reciente encuentro con líderes religiosos musulmanes en agosto del 2005 en Colonia (Alemania), Benedicto XVI condenó cualquier clase de terrorismo:

“Gracias a Dios, estamos de acuerdo en el hecho de que el terrorismo de cualquier tipo es una opción perversa y cruel, que manifiesta desprecio hacia el

sagrado derecho a la vida y que mina los fundamentos mismos de toda sociedad civil” (Discurso de Su Santidad el Papa Benedicto XVI, Colonia, sábado 20 de agosto de 2005).

CONCLUSIONES

De todo lo dicho podemos sacar algunas conclusiones.

1. La ética radical de la guerra debe ser condenada, aun reconociendo que la violencia está presente por doquier, en todas las cosas. Es parte de nuestra naturaleza humana: estará siempre presente si tenemos que defender nuestro yo, nuestro propio ser, como diferente de otros seres. El acto creador nos hace diferentes, nos arraiga en la diversidad (Gn 1), una diversidad que refleja la riqueza de Dios y que debería enriquecer a la humanidad. Sin embargo, nosotros usamos nuestras diferencias (religión, raza...) para atacarnos unos a otros y provocar la violencia. Las religiones tienen que reconocer que, en su diversidad, han dado lugar a conflictos y violencia. En este contexto violento que parece rodear a los seres humanos, la ética de la paz quizá parezca “no realista”, pero eso no significa que las religiones no puedan y deban ser constructoras de paz.
2. A pesar de toda la violencia presente en los tres libros sagrados monoteístas, bajo la guía pedagógica de Dios, se da una creciente conciencia de que una ética de la paz puede establecer las condiciones bajo las cuales la guerra sería posible. Desde la mentalidad que permite eliminar una vida humana en compensación por la pérdida de un ojo, los libros sagrados avanzan hacia el progreso moral de solamente ojo por ojo (ley del talión) y, finalmente, hasta la invitación a dar la propia vida para salvar otra vida humana. Las religiones pueden construir confianza por medio del diálogo y de la compasión, de la solidaridad y del entendimiento entre las culturas.
3. Esta creciente conciencia pacifista anima la reflexión sobre la guerra justa, que puede defender a la humanidad contra acciones

bélicas arbitrarias o intencionadas. No sería ético negarse a utilizar medios violentos limitados para ayudar a las personas que corren peligro de muerte. Hay también una conciencia creciente de que la paz sin justicia no es paz. Esto nos hace ver claramente las raíces de la violencia: marginación cultural, injusticia económica y dominación política. Estas situaciones injustas generan violencia, la cual fácilmente se expresa usando una retórica religiosa. La religión es una carta que puede jugarse con facilidad para animar a la violencia, aun cuando la religión como tal no tenga nada que ver.

4. Tenemos que recordar que en situaciones de guerra es bienaventurado el que trabaja por la paz (Mt 5, 5). Según la visión cristiana, las personas deben estar siempre dispuestas a dar el primer paso. En sus esfuerzos pacificadores no deben excluir a nadie, sino incluirlos a todos como “prójimos”. Deben estar dispuestas a perdonar y a dar su propia vida por amor, siguiendo el camino de Cristo en medio de la violencia. Cristo nunca dijo “no tengas enemigos”, pero sí dijo “ámalos”. Traer la paz en condiciones de guerra es anunciar el mensaje del amor en un mundo violento, con la confianza que nos da la fe pascual de que al final será el amor, y no el odio, el que tenga la última palabra.

Santa Severa, Roma,

Viernes 16 de septiembre de 2005

Original inglés
Traducido por José Luis Vázquez SJ

PRESENTACIÓN AL P. GENERAL PETER-HANS KOLVENBACH SJ

Julia Dowd

Padre General, es un honor para mí estar ante usted esta mañana. Gracias por estar aquí con nosotros y gracias por hacer posible este taller. Gracias también por la visión que nos proporciona a todos en la Familia Ignaciana.

Digo Familia Ignaciana con toda intención porque creo que es la comunidad a la que pertenezco, la comunidad aquí reunida hoy y la comunidad que está creciendo a pasos agigantados en todo el mundo.

En cierto modo yo nací en el seno de la Familia Ignaciana. Formo parte de la tercera generación de mi familia que ha estado en el *Jesuit College of the Holy Cross*, en Massachussets. (Mis primeras palabras fueron “¡Marcha, Cruz, Marcha!”). Mi educación jesuítica me ha permitido dar sentido a mis ansias espirituales, mis curiosidades intelectuales y mi preocupación y confusión ante el profundo sufrimiento y la desigualdad que notaba en mi mundo.

De niña quería ser sacerdote cuando fuera mayor. Me llevaba a casa un pequeño misal de la iglesia y practicaba diciendo Misa en mi habitación. Cuando tenía 12 años, escribí una carta al Papa Juan Pablo II ofreciéndome voluntaria para ser la primera mujer que él ordenase sacerdote. Con cierta dificultad, en momentos de enfado y de tristeza, la Familia Ignaciana y algunos Jesuitas en particular me ayudaron a descubrir un lugar en la Iglesia donde mi contribución como mujer laica fuera bienvenida y necesaria.

Después del *College*, me uní al Cuerpo Voluntario Jesuita en California. A continuación formé parte del equipo de una parroquia jesuita, en la que trabajé 7 años en ministerios sociales. Durante los pasados tres años he estado trabajando en la Universidad de San Francisco, una universidad jesuita muy comprometida con la educación por la justicia.

En todo el tiempo que he trabajado con los Jesuitas, la colaboración con los laicos ha sido una prioridad estratégica de nuestra Provincia. Este objetivo nos ha sido manifestado de muchas maneras concretas y vivificantes para mí y para muchos de mis compañeros.

He tenido la oportunidad de tener una experiencia de los Ejercicios Espirituales, explorar los aspectos cotidianos de la espiritualidad Ignaciana y crecer en mi vocación de vivir una fe que haga justicia.

La Familia Ignaciana me ha hecho seguir adelante, me ha hecho sentirme humilde, me ha levantado, me ha planteado retos y me ha salvado una y otra vez.

Y aquí estoy, en Santa Severa. Todo el mundo en esta habitación tiene una historia asombrosa que contar, que también le vincula a él o a ella con la Familia Ignaciana. Las dos semanas pasadas hemos compartido esas historias, intercambiado perspectivas, entablado diálogo, enseñado y aprendido unos de otros. Hemos discutido teoría, ideología, praxis, cultura, economía, desarrollo, identidad. Hemos celebrado la liturgia, compartido oraciones, celebrado cumpleaños, comido demasiado, reído, llorado, hemos tenido ideas geniales, hemos reflexionado y nos hemos relajado juntos. Para no sonar demasiado utópica (algo que también discutimos), preparamos también un documento escrito por un equipo académico de primera clase. Un Documento, con mayúsculas.

Pero permítame decir que pienso que el documento no es lo más importante de lo que hemos creado aquí las pasadas dos semanas.

Nos reunimos procedentes de múltiples sectores, veintitrés países, sur, norte, este y oeste, tres generaciones. Somos teóricos y profesionales, académicos y activistas, sacerdotes y laicos. Existen múltiples perspectivas, múltiples experiencias, y,

como alguien dijo la pasada noche, “un montón de Jefes, pero no demasiados indios”.

Comenzamos el taller reconociendo y nombrando nuestros deseos más íntimos como individuos. Al avanzar el taller aprendimos también cómo plantear esta cuestión como grupo. Puedo identificar al menos tres gracias que llegaron de este discernimiento de grupo.

La primera: humildad. Hemos terminado con más preguntas que respuestas. Quizás cuando mejor pudimos tener esta sensación fue al hacer Pudji, una de nuestras panelistas, esta declaración, sencilla pero profunda: “Estas preguntas son demasiado complejas. No sé las respuestas”. Pero nos han tranquilizado las palabras de Simone Weil: la oración no es tanto búsqueda de respuestas como aprendizaje de la atención. Y prestamos atención. Pedimos a Dios que nos hiciese ver. Vivir una fe que haga justicia tiene que ver más con plantear las cuestiones correctas que con encontrar las respuestas adecuadas.

La segunda, creo que hemos experimentado la gracia de un deseo profundo de justicia y paz. Es Dios quien pone ese deseo en nosotros, y Dios quien nos da la fuerza de continuar. Dios ha colocado en cada uno de nosotros un gran deseo de ver y de servir.

La tercera: Dios nos ha dado la gracia de la esperanza. Hay aquí un profundo sentido de algo nuevo –algo transformador que nos llama hacia delante, a una nueva forma de ser y de proceder. Queremos construir más redes, continuar formándonos para las nuevas dimensiones de este trabajo, reforzar nuestras instituciones, y muchas cosas más. Existe una profunda aspiración en nuestra asociación compartida, en oportunidades para la paz ante nosotros y en nuestro seguimiento de la Familia Ignaciana.

Humildad, deseo y esperanza. Creo que estos son los frutos más valiosos que nos llevaremos de Santa Severa.

Gracias de nuevo por estar aquí, por inspirarnos y por su cuidado amoroso de todos nosotros.

Santa Severa, Italia

Viernes 16 de Septiembre de 2005

Original inglés
Traducido por un equipo de Entreculturas*

Julia A. Dowd
St. Ignatius Church
650 Parker Avenue
San Francisco, CA 94118
U.S.A.
<dowd@usfca.edu>

*La traducción de este texto ha sido preparada por un equipo de Entreculturas. Agradecemos la colaboración especial de Carmen Pita e Isabel Paya (N. del E.).

BUSCAR LA PAZ EN UN MUNDO VIOLENTO

NUEVOS RETOS

I. DÓNDE ESTAMOS Y QUÉ HEMOS HECHO

1. Somos un grupo global y diverso de 45 personas, jesuitas, colegas religiosos y laicos, hombres y mujeres, que hemos participado en un encuentro de dos semanas cerca de Roma para discernir y reflexionar sobre la respuesta posible de la Familia Ignaciana y sus obras apostólicas a las realidades de la guerra, la violencia y el reto hacia una paz duradera en nuestro mundo actual. En efecto, sentimos que las complejas realidades de violencia y los movimientos emergentes por la paz requieren que nos centremos en nuestro papel y compromiso respecto a la violencia y a la paz, puesto que somos parte de una organización global que tiene ya una base de conocimientos intelectuales, está en contacto con las situaciones del pueblo donde los efectos de la violencia son directamente tangibles y tiene la capacidad de organizar apoyos y de influir sobre la toma de decisiones políticas.

2. Queremos compartir con el P. General, con toda la Compañía de Jesús y con la Familia Ignaciana las ideas a las que hemos llegado, las preocupaciones que tenemos y las conclusiones que hemos sacado. Queremos destacar algunos de los nuevos retos que vemos hoy con respecto a la violencia, la guerra, la transformación de los conflictos y la paz duradera. Hemos descubierto nuevos retos y nuevas posibilidades en nuestro mundo. En este mundo en proceso de globalización, las caras de la violencia y de la guerra han cambiado en complejidad, intensidad, interrelación y riesgo. En respuesta a esas nuevas formas de violencia han surgido nuevas instituciones internacionales y también nuevos movimientos e iniciativas por la paz que nos llaman a articular nuestros propios compromisos. No pretendemos proponer "soluciones" a estos retos. Más bien proponemos entrar en un proceso de discernimiento espiritual compartido que nos permitirá a todos nosotros comprometernos en situaciones de cambio continuo al servicio de aquellos que más sufren los efectos de la violencia y la ausencia de una paz duradera.

3. La experiencia del discernimiento compartido durante este encuentro ha sido una iniciativa

fructífera y creativa. En nuestro camino para descubrir la acción de Dios en nosotros y su deseo para nuestro mundo y para su pueblo, hemos compartido recursos espirituales e Ignacianos en la oración en común y en la liturgia, hemos escuchado con atención y agradecimiento experiencias de unos y otros, historias, preocupaciones y puntos de vista, y hemos descubierto cómo emerge la creatividad en nuestras relaciones mutuas en medio de nuestra gran diversidad. En todo ello hemos sentido la consolación de la presencia y la gracia de Dios, que nos da la fuerza para dedicarnos concretamente al servicio de la paz, cada uno de nosotros en sus propias circunstancias específicas. Hemos experimentado cómo este proceso de discernimiento espiritual que afecta a todo nuestro ser humano, - afectos, conocimiento, voluntad-, enriquece nuestra comprensión y la acción en favor de la construcción de una paz sostenible y, de hecho, constituye un método de llegar a una paz duradera en medio de violentos conflictos. Animamos a que este enfoque, en el que la reflexión sobre violencia y paz se enriquece con el diálogo compartido y la oración, sea promovido en la Familia Ignaciana. En efecto, por medio de este instrumento podemos hacer uso de nuestros conocimientos corporativos, nuestra presencia entre el pueblo y nuestra capacidad internacional para influir, defender y actuar.

4. Al experimentar este proceso de discernimiento compartido, y en lo más profundo de nuestra consolación, hemos sentido la necesidad del poder regenerativo del perdón y la reconciliación, que nos une a todos en una comunidad de paz y por la paz. Hemos tocado nuestras historias personales de fallos y de pecado, y también las de nuestras instituciones, de la Compañía de Jesús y de la Familia Ignaciana. Hemos recordado nuestras omisiones cuando no nos hemos atrevido a enfrentarnos a la violencia, el apoyo que hemos dado a veces a la violencia, nuestra propia violencia hacia los demás, nuestra cobardía y nuestra falta de sensibilidad para escuchar el grito de los que sufren. A lo largo del encuentro hemos experimentado también nuestras limitaciones y heridas, que pueden volvernos sordos a las historias y opiniones de otros, que puedan producir mecanismos de defensa o el temor a entrar en confrontaciones creativas y conflictos, que

puedan despertar en nosotros violencia frente a los demás, y que puedan hacernos ciegos para apreciar en los otros el rostro de un Dios de paz y compasión. Por tanto, cuando presentamos este documento, sabemos que tenemos que ser humildes: somos parte integrante de las historias de violencia y paz de este mundo. Con este espíritu de humildad optamos por servir a Dios y a la humanidad en su proyecto de paz duradera.

II. NUEVOS DESAFÍOS DE CONFLICTO Y VIOLENCIA HOY

5. La guerra, el conflicto armado y la violencia se encuentran entre los aspectos más trágicos del escenario humano. Los conflictos armados actuales tienen algunos aspectos significativamente nuevos que reclaman nuevas respuestas.

CONFLICTOS DE IDENTIDAD

6. Muchas de las guerras actuales están impulsadas por conflictos basados en la identidad cultural y tienen dimensiones nacionalistas, étnicas y a veces religiosas. El genocidio de Ruanda y el violento conflicto en la región de los Grandes Lagos ilustran trágicamente cómo los conflictos de grupo basados en la identidad pueden provocar inmensos daños humanos. La antigua Yugoslavia y Sudán son otros tantos ejemplos de tragedias motivadas por tales conflictos de identidad. La religión, a veces, juega un papel significativo en los conflictos contemporáneos: los fundamentalismos religiosos son factores del conflicto en Oriente Medio, zonas de África, Asia, y en los conflictos terroristas-antiterroristas, tan destructivos hoy en día. Las dimensiones religiosas de los conflictos contemporáneos han llevado a algunos analistas a la conclusión de que la religión se está convirtiendo en la fuente primaria de guerra y confrontación en el mundo posterior a la guerra fría. Aunque creemos que es un error el atribuir a un sólo factor la causa principal de todos los conflictos actuales, el papel jugado por las comunidades religiosas en los conflictos contemporáneos suscita con toda seguridad un reto poderoso para que estas comunidades puedan convertirse en agentes de paz y reconciliación allí donde reine la guerra y la violencia.

7. La identidad necesita definirse de manera inclusiva evitando el enfrentamiento y la exclusión

que niegan la humanidad misma de los demás, y por este mismo hecho ejerce la violencia. El reconocimiento del otro como diferente es quizá el examen clave sobre si se es capaz de reconocer la dignidad inherente a todos los seres humanos. Los cristianos creemos que cada ser humano ha sido creado a imagen de Dios y por tanto tiene una dignidad que exige respeto y atención. Otras tradiciones seculares y religiosas tienen percepciones similares. Frente a los conflictos del siglo XX, estas percepciones han conducido al nacimiento de una ética de derechos humanos universalista que nos llama a salir de nuestros límites comunales cerrados hacia fronteras abiertas de solidaridad humana entre las diversas comunidades de nuestro mundo. Hoy nos enfrentamos al desafío de ayudar a construir la paz haciendo avanzar más este espíritu en colaboración con todos los que están trabajando por la protección de la dignidad humana en comunidades inclusivas.

8. Todo esto nos llama a un diálogo interreligioso profundo, que es condición para una paz duradera en medio de la diversidad religiosa. Se han propuesto varios modelos teológicos para llevar adelante este diálogo. Necesitan de una mayor reflexión a la luz de nuevas experiencias. En nuestro taller, hemos experimentado la necesidad de estar abiertos al compromiso con otras denominaciones cristianas, otras tradiciones religiosas aparte del cristianismo (incluyendo las religiones de los pueblos indígenas) y personas que no profesan religión alguna. Tal apertura al compromiso es en sí misma el comienzo de la paz. Por tanto podemos decir hoy que "el diálogo es el nuevo nombre de la paz".

GLOBALIZACIÓN, CONFLICTO Y JUSTICIA

9. Muchos de los conflictos armados de hoy están sustentados por las desigualdades de poder económico y político. La globalización orientada al mercado lleva a los pueblos beneficios y cargas muy desiguales: suele beneficiar a una clase, etnia o grupo religioso dentro de un país o región en detrimento de otros. Los conflictos en Chad, Colombia y zonas de la India, que nuestro taller analizó con cierta profundidad, tienen importantes raíces en las desigualdades de poder político y económico. Algunas de estas luchas, que podrían parecer a primera vista conflictos de etnia o religión, están estimuladas por la disputa sobre beneficios económicos y participación política. De manera

similar, la dependencia económica del petróleo en los países desarrollados es un aspecto central de los recientes conflictos que aún continúan en Irak. Es más, las políticas de los poderosos países desarrollados, de instituciones financieras internacionales como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, y de las empresas multinacionales, juegan también un papel importante en la creación de condiciones que alientan tales conflictos, o en ocasiones ayudan a aliviarlos. El afán de conservar privilegios económicos puede conducir a grupos más acomodados a la acción violenta para excluirse de aquellos que poseen mucho menos. También, cuando las personas se sienten tan excluidas económica o culturalmente que no tienen nada que perder, la lucha armada e incluso el terrorismo pueden presentarse como el único camino capaz de mejorar sus vidas. La guerra y el conflicto armado, sin embargo, casi siempre disminuyen el bienestar económico de aquellos a quienes afecta.

10. La justicia auténtica ha sido siempre una condición previa importante para la paz, y más en nuestros tiempos. La justicia exige que cada uno sea capaz de participar en la vida económica, cultural y política de la comunidad, en la forma básica que él, o ella, necesite para ser respetado como persona. Lo opuesto a esta participación puede llamarse marginación –la exclusión de poder producir o compartir dentro del bien común de la comunidad. Puede tomar la forma política de concentración de poder en las manos de un partido único o una élite gobernante. Las personas pueden ser marginadas por su raza, cultura, religión o género, llegando en casos extremos a los horrores del genocidio o la limpieza étnica. Formas de exclusión menos dramáticas pero también profundamente injustas, son las derivadas de políticas económicas y estructuras que causan pobreza o carencia de educación, asistencia sanitaria y empleo. Las mujeres y las niñas sufren también de una exclusión mayor que los varones. Nuestros esfuerzos para construir la paz están unidos a superar todas estas formas de exclusión de los pobres y vulnerables, tanto dentro de las naciones como globalmente.

11. Este concepto de participación como algo esencial a la justicia tiene consecuencias importantes en nuestra forma de juzgar un buen gobierno, la responsabilidad y el papel de la sociedad civil a diversos niveles. La corrupción

burocrática en el gobierno es otra forma de violencia que quita la comida al pobre y abusa del cargo público para el enriquecimiento privado. Los grupos locales, como sindicatos y organizaciones comunitarias, así como las ONGs nacionales e internacionales pueden ayudar en exigir a los gobiernos que se hagan responsables del bienestar de las personas. Este es un modo de servir a la causa de la paz. De la misma manera, las organizaciones regionales y nacionales pueden también exigir responsabilidades a las instituciones internacionales y globales. Por ejemplo, redes que se centran en temas de medio ambiente, derechos humanos, legislación humanitaria y la dignidad de la mujer, pueden conferir legitimidad a gobiernos y empresas multinacionales o pueden retirársela. Es esta una forma de “poder suave” que podemos utilizar a favor de la justicia y de la paz.

EL RETO DEL DESPLAZAMIENTO Y LA MIGRACIÓN

12. Las guerras recientes han producido más de treinta millones de refugiados y otros desplazados, la mayoría mujeres y niños. La comunidad internacional ha dado algunos pasos vacilantes para responder al tema de los refugiados que han tenido que abandonar sus casas por persecución. Sin embargo, los que han sido forzados más allá de sus fronteras por la guerra o los desplazados internamente dentro de su propio país son olvidados con frecuencia. La restauración de la justicia exige que se permita a estas personas el regresar con plena participación como ciudadanos de sus países de origen o bien convertirse en ciudadanos activos de los países de acogida. La destrucción de los medios de subsistencia que garantizan la supervivencia económica se ha convertido también en una fuente importante de migración, y muchos países son cada vez más reacios a recibir a tales inmigrantes. De hecho, la resistencia a la inmigración y el rechazo a reconocer su existencia misma, son fuente de actitudes negativas hacia los que son diferentes, conduciendo a nuevas formas de conflicto. El trabajo del Servicio Jesuita a Refugiados hace que estos desafíos nos afecten especialmente.

RETOS MEDIOAMBIENTALES

13. En muchos de los conflictos armados actuales, el control sobre los recursos naturales, como el petróleo, el carbón y otros minerales, es un factor clave. La lucha por el agua se está convirtiendo

también en una seria amenaza para la paz. En los años venideros, las guerras medioambientales, la lucha por el control de recursos, y la injusticia se convertirán probablemente en temas todavía más importantes. Existe un claro nexo entre degradación medioambiental, pobreza e injusticia. Cuando los conflictos potenciales van acompañados por el desarrollo de armas de destrucción masiva tecnológicamente avanzadas (nucleares, químicas o biológicas), aumenta aún más la amenaza de guerra al medioambiente. Una valoración más profunda de la relación entre justicia e integridad de la creación, la preocupación por las generaciones futuras, el significado de la biodiversidad y el aspecto destructivo del medioambiente que la guerra contemporánea conlleva son nuevos desafíos en los conflictos que vemos hoy en torno a nosotros¹.

EL RETO DE LA NO VIOLENCIA

14. Quizás el reto más fundamental al que nos enfrentamos al enfocar la realidad del conflicto, es si el uso de la violencia puede estar justificado moralmente. Gandhi y Martin Luther King entre otros, han sido ejemplos estimulantes del poder de las respuestas no violentas ante la opresión y la injusticia. El Concilio Vaticano II puso un énfasis innovador en la no violencia², y muchos católicos se han ido convenciendo cada vez más de que el recurso a la fuerza militar nunca es apropiado como estrategia para cambios sociopolíticos. Al mismo tiempo, y aunque con dificultad, habría que admitir que la intervención militar humanitaria, para proteger a la población inocente de una grave violencia, como fue el genocidio de Ruanda en 1994, puede estar justificada. La postura que justifica el uso de la fuerza militar en circunstancias estrictamente definidas y excepcionales, y siempre como último recurso, sigue siendo parte de las tradiciones de la ética católica y de las leyes internacionales. Es evidente que los seguidores de Cristo tienen un compromiso fundamental en la búsqueda de la justicia de forma no violenta. Por tanto, los cristianos nunca pueden recurrir al uso de la fuerza sin graves vacilaciones. La paz es nuestro compromiso primero y la no violencia es el camino hacia una paz justa, a no ser en casos excepcionales, como la protección de un pueblo ante el genocidio, la limpieza étnica u otras graves injusticias y violaciones de derechos humanos. Una de las principales tareas intelectuales a que nos enfrentamos en el futuro, será el ponderar cómo

llevar a cabo este compromiso en diferentes circunstancias.

15. Este compromiso con la no violencia da respaldo adicional a la creciente convicción de que en el mundo actual, la soberanía nacional no puede considerarse por más tiempo como una especie de valor absoluto en el mundo interdependiente y globalizado de hoy. Tanto los Estatutos de Naciones Unidas como el magisterio reciente de la Iglesia afirman que la respuesta internacional a graves formas de opresión y violación de los derechos humanos, como el genocidio o la limpieza étnica, tiene que ser multilateral, no unilateral. La convicción religiosa de que todos formamos parte de una familia humana al amparo de Dios significa que las fronteras de las naciones-estado no determinan los límites de nuestra responsabilidad moral. Esto tiene implicaciones importantes no sólo para los asuntos militares, sino también en el campo del uso de los recursos, interacción económica, incidencia (*advocacy*) internacional y nuestra valoración del impacto de las fuerzas globales, por ejemplo los medios de comunicación, sobre la cultura local.

LA RECONCILIACIÓN COMO RETO

16. Cada vez está más claro que, en muchas ocasiones, la búsqueda de una paz duradera en el período subsiguiente a un conflicto puede requerir formas innovadoras de reconciliación e incluso el perdón. La reconciliación no puede tener lugar mientras continúe la injusticia. Por tanto debe cesar la injusticia para poder instaurar una paz duradera. Pero también es verdad que la justicia no es sinónimo de venganza. La justicia restauradora reconstruye comunidades que han sido fracturadas por el conflicto. Esa justicia restauradora es en si misma una forma de reconciliación, y puede invitar al perdón del autor de la injusticia y la violencia, abriendo nuevos caminos a una paz capaz de perdurar. Así, el Papa Juan Pablo II observó que no puede haber paz sin justicia, ni justicia sin perdón. Perdonar no significa olvidar. En efecto, la verdadera reconciliación no puede producirse si los daños pasados están ocultos a la vista por la impunidad que gozan sus autores. Pero el perdón puede venir como regalo y gracia cuando un nuevo

¹Nuestro taller tuvo lugar mientras evolucionaba la catástrofe de Nueva Orleans, y cuando el debate sobre los Objetivos del Milenio de la ONU y sobre los protocolos de Kyoto eran noticias candentes.

²Concilio Vaticano II, *Gaudium et Spes*, n. 78.

futuro aparece a la vista, un futuro vivido en justicia y verdad. En medio del trabajo que hacemos para suscitar una paz duradera en nuestros ministerios, estamos llamados a descubrir caminos nuevos y efectivos que promuevan esa justicia restaurativa y la reconciliación.

RETOS ESPIRITUALES Y TEOLÓGICOS

17. A la luz de estos nuevos desafíos de violencia y de construcción de paz, los participantes en nuestro taller se sienten llamados a encontrar un modo nuevo de enfocar nuestra espiritualidad y teología para que nos ayuden a discernir el camino a recorrer. No podemos proponer aquí soluciones definitivas, más bien invitamos a los Jesuitas y a nuestros colaboradores, incluyendo a aquellos que profesan otras tradiciones religiosas, a unirse en un proceso de discernimiento.

18. Nuestra respuesta a las realidades de violencia y paz está firmemente unida a la forma en que vivimos nuestra relación con Dios. Nuestra fe, espiritualidad y teología son asuntos públicos, no privados. Abren una imagen de nuestras relaciones mutuas y con Dios. Por tanto, espiritualidad y teología ejercen un poderoso impacto sobre la vida social y, específicamente, sobre nuestro acercamiento a los demás por medio de relaciones pacíficas o violentas.

19. En situaciones de violencia, los cristianos están llamados a vivir la proclamación que hizo Jesús del Reino de Dios como reino de paz. Es esta una llamada a rechazar la violencia, una invitación al perdón y a la reconciliación y una llamada a reconstruir comunidades rotas. En muchas ocasiones, Jesús exhortó a sus discípulos a ser constructores de paz, a amar al prójimo (incluso al enemigo) y a seguirle tomando la cruz. Los cristianos han fracasado muchas veces en vivir esta llamada a construir la paz. La cruz es malinterpretada si se ve simplemente como una exhortación a soportar la injusticia o el dolor. La cruz nos desafía a seguir a Jesús siendo testigos del Reino de Dios, sin importar lo que cueste. La crucifixión de Jesús es también un símbolo poderoso de la solidaridad de Dios y de su identificación con todos los que sufren y se enfrentan a la muerte, incluyendo a aquellos que sufren y mueren en conflictos. De esta manera, la cruz nos llama a servir a aquellos que sufren injusticia y violencia, incluso cuando nos cueste. Nuestra fe en la resurrección nos permite confiar

que la paz es posible incluso cuando nos enfrentamos a conflictos no resueltos. Esta confianza es capaz de sostener la esperanza que nos otorga una pasión por lo posible, la confianza profunda en que una resistencia paciente y valerosa en la lucha por la paz terminará siendo victoriosa.

20. La realidad de la violencia desafía también nuestra manera de entender la Iglesia. La comunidad cristiana debería ser un reflejo de la acción de Dios por la paz y contra la violencia en nuestro mundo. En nuestro taller hemos oído muchas historias de la Iglesia en acción como comunidad de paz y reconciliación. Pero desgraciadamente, hemos oído también historias de cómo la comunidad cristiana no ha intervenido o cuando ha intervenido lo ha hecho de forma que ha provocado violencia. Tales experiencias nos invitan a respuestas radicales, críticas y creativas que permitan a la Iglesia convertirse en la comunidad de reconciliación a que está llamada por el Espíritu. Sólo en diálogo auténtico y en unión con personas de otras creencias y tradiciones puede la Iglesia ejercer su función pacificadora. El reto central de nuestro tiempo es profundizar en una espiritualidad y teología que nos puedan conducir a un trabajo más efectivo por la paz, en colaboración con todos los hombres de buena voluntad.

III. NUEVOS MOVIMIENTOS POR LA PAZ HOY

21. Durante nuestro encuentro, hemos sido más conscientes de la existencia de iniciativas de paz y movimientos por la paz en todo el mundo. Han surgido de organizaciones de la sociedad civil³, incluyendo un número cada vez mayor de iniciativas del pueblo, ONGs nacionales e internacionales, iglesias e instituciones educativas, organismos gubernamentales y organizaciones multilaterales. Hemos experimentado la fuerza creativa de estos movimientos. Nos damos cuenta de que nuestro contexto mundial globalizado, que ha generado nuevos tipos de guerra y violencia, proporciona también nuevas **oportunidades e iniciativas por la paz** alimentando nuestra esperanza de que es posible un mundo pacífico y justo.

³Un ejemplo de este número creciente de iniciativas de paz es la reciente publicación *People Building Peace II – Successful Stories of Civil Society* (p. van Tongeren et al., Eds., 2005, Reinner Publishers), que reúne más de 60 experiencias diferentes de grupos de la sociedad civil y organizaciones de todo el mundo.

MOVIMIENTOS POPULARES

22. En los procesos de pacificación y construcción de paz participan valerosa y creativamente nuevos actores y movimientos. Queremos destacar el papel de los grupos y comunidades del pueblo, estudiantes universitarios, mujeres e indígenas. Somos testigos del papel cada vez más importante que representan las comunidades locales y organizaciones del pueblo como pacificadores, articulando en sus iniciativas elementos de diálogo, desarrollo, resistencia y reconciliación. Los movimientos de mujeres son también un agente esencial para la construcción de una paz más amplia y duradera y para hacer posible vías de reconciliación, como en los casos de Zambia, India e Indonesia. Los movimientos indígenas y campesinos contribuyen desde sus culturas locales a la resolución del conflicto y a la construcción de la paz, compartiendo con todos nosotros sus tradiciones y prácticas, como en los casos de Chiapas en México y grupos tribales de la India. Algunos de estos nuevos actores necesitan ser fortalecidos (por medio de actividades de concientización, organización, estrategia y trabajo en red) para así poder jugar un papel más efectivo en el proceso, mediante una participación más amplia en todas las fases de la construcción de paz.

NUEVAS REDES

23. La globalización favorece algunas de las guerras y conflictos violentos en curso. Ofrece también mayores oportunidades para el trabajo en red al servicio de la paz. El reto de la fragmentación e impotencia común en todas las situaciones de conflicto, así como la complejidad internacional de los conflictos contemporáneos nos ha mostrado la importancia de respaldar algunos de los esfuerzos hechos por las organizaciones supranacionales y de construir redes de compañerismo y solidaridad entre los pacificadores. Los grupos y organizaciones de la sociedad civil pueden trabajar juntos, tanto en el ámbito local como internacional, facilitando así la búsqueda de soluciones y alternativas, sobre todo para los grupos afectados con los que estamos en contacto.

24. En primer lugar, los organismos internacionales como Naciones Unidas, la Unión Europea, y organizaciones regionales como la Organización de Estados Americanos y la Unión Africana están

representando papeles cada vez más constructivos en el proceso de paz. Otros acuerdos globales, como el acuerdo de Kyoto e instituciones como el Tribunal Criminal Internacional se enfrentan a problemas críticos que están relacionados con una paz sostenible.

25. En segundo lugar, las campañas globales y nacionales, como la campaña internacional para la prohibición de las minas antipersona y contra la utilización de niños soldado; la red internacional de acción contra la proliferación de armas ligeras; la campaña en favor de derechos humanos básicos de las comunidades Dalit y Adivasi; la campaña a favor de la mujer en la India, pueden influir en los responsables de tomar decisiones y en la opinión pública global, desafiando incluso los relatos bélicos.

26. En tercer lugar, existe un creciente dinamismo de "ciudadanos del mundo" en solidaridad. Constatamos este hecho en el aumento de los grupos transnacionales de incidencia (*advocacy*) y cabildeo que trabajan en temas como derechos humanos y legislación humanitaria internacional, el avance de la mujer y la protección del medio ambiente. Compartimos experiencias de trabajo en red (como la Red Ignaciana de Solidaridad en Estados Unidos, la Red Africana de Jesuitas SIDA y la Red Internacional Jesuita para el Desarrollo); de apoyo solidario y ayuda (como Entreculturas, Alboan, Iniciativa de los Pueblos del Sur de Asia); y de cabildeo e incidencia (*advocacy*) en Washington (Oficina de Ministerios Sociales e Internacionales de la Conferencia Jesuita de Estados Unidos), en Bruselas y en otras partes (SJR). Somos conscientes de la necesidad de hacer un cabildeo e incidencia juntos en solidaridad. La incidencia (*advocacy*) es un camino importante en el que la Compañía puede ejercitar una fe que hace justicia y ha de verse como un elemento importante del trabajo por la justicia. Esta incidencia (*advocacy*) debe entenderse como un esfuerzo para incidir sobre políticas generales a tres niveles: en estructuras nacionales, gubernamentales y legislativas; en estructuras internacionales y regionales (como la Unión Europea, Naciones Unidas, el Banco Mundial, etc.), y en corporaciones (inversión social responsable).

27. En cuarto lugar, están surgiendo algunas experiencias en el ámbito de la sociedad civil, como el Foro Social Mundial, que sugieren nuevos dinamismos para la construcción de nuestro mundo. Cierta número de jesuitas y colegas laicos han

participado en diferentes momentos del Foro y han encontrado nueva inspiración para la paz y la justicia social en su trabajo.

RESPUESTA A LOS REFUGIADOS Y IDPS

28. Hemos constatado también muchas iniciativas en favor de las víctimas de todo tipo de violencia, por ejemplo, el servicio a los refugiados y a las personas desplazados internamente (IDPs, según las siglas en inglés). Algunos de los desplazamientos masivos de población requieren operaciones de apoyo enormes. El Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados juega un papel destacado, pero existen muchas otras organizaciones involucradas, incluyendo el Servicio Jesuita a Refugiados (SJR) con presencia en más de cincuenta países, y las experiencias representadas en nuestro encuentro: África, Aceh (Indonesia), Europa, Colombia, Venezuela, y el trabajo con emigrantes y refugiados en Ecuador.

MOVIMIENTOS DE DERECHOS HUMANOS, NO VIOLENCIA E INTERRELIGIOSOS

29. Al hacer frente a la violencia, algunos temas cruciales han ganado importancia: resistencia contra la impunidad mediante diferentes acciones en el campo de derechos humanos y legislación humanitaria internacional. Los métodos no violentos, ejemplificados por Gandhi y Martin Luther King, inspiran hoy nuevas iniciativas de paz: comunidades de paz y declaraciones de "neutralidad" en Colombia, zonas de paz en Filipinas e Indonesia. Hay también varias experiencias de diálogo interreligioso nacidas de nuestro activismo por la paz, que han intentado tender puentes entre las partes enfrentadas, como en el caso de Irlanda del Norte, Sudáfrica y Mindanao, en Filipinas.

PROCESOS DE RECONCILIACIÓN

30. Nos reafirmamos en que una paz sostenible no es posible sin reconciliación. Se han iniciado numerosos procesos de reconciliación, que van desde las medidas judiciales y comisiones de la verdad a experiencias más localizadas de diálogo entre grupos en conflicto, como en el Sur y Este de África, Ruanda, Irlanda del Norte, País Vasco, Colombia, India y Sri Lanka.

NECESIDADES CRÍTICAS

31. Estas oportunidades que surgen para la paz nos exigen, si es que han de ser duraderas, hacer frente a dos desafíos críticos. En primer lugar, es necesario desarrollar un análisis de los diferentes aspectos del conflicto que reconozcan su complejidad (contextos diferentes requieren respuestas diferentes). Este análisis es necesario para diseñar estrategias más precisas y efectivas para una "agenda para la paz" (esto es: educando, investigando, discerniendo, organizando, haciendo política, protestando, dialogando, resistiendo, rezando). Necesitamos también ampliar nuestro concepto de paz. No es suficiente con plantar cara ante las expresiones de violencia directa, buscando una paz negativa: la ausencia de guerra. También tenemos que enfrentarnos a las formas de violencia más estructural e indirecta de manera que mujeres y hombres sean capaces de encontrar caminos hacia su desarrollo integral como seres humanos. Por ejemplo, la representación adecuada de mujeres y hombres, el tratamiento igual para todas las razas, el buen gobierno y el desarrollo, son asuntos clave en la construcción de una paz duradera. Además, las diferencias culturales, religiosas, étnicas y de género necesitan espacio, no sólo para su expresión, sino también, particularmente, para la construcción de identidades múltiples e inclusivas en coexistencia fructífera e interactiva.

32. En segundo lugar, observamos que existe una tensión en cuanto a respeto y apoyo de aquellos que son víctimas de los conflictos. El esfuerzo de ser la voz de los sectores y países sin voz es ciertamente importante y válido. Pero existe el riesgo de suplantar a esos sectores. No debemos olvidar que las comunidades y los sectores sociales deberían ser sus propios agentes de paz. Es necesario dar el poder de decisión, organización y trabajo en red a los grupos sin voz, para hacerles capaces de hablar por sí mismos.

IV. NUEVAS RESPUESTAS DE LOS JESUITAS Y LA FAMILIA JESUÍTICA

COMPROMISO CON LA PAZ Y NUESTRAS RAÍCES IGNACIANAS

33. En nuestro proceso de discernimiento durante estos días, tras ponderar retos y oportunidades, hemos llegado a hacer nuestra una conclusión clave

de la CG 34: *“Un reto especial de hoy día es realizar el misterio de salvación y reconciliación de Cristo en un mundo crecientemente dividido por el nivel económico y social, las razas y las etnias, la violencia y la guerra, el pluralismo cultural y religioso. Estas divisiones han de ser un polo de atención del ministerio sacerdotal del jesuita porque la obra de reconciliación de Cristo derriba el muro de división entre pueblos”* (CG 34, d. 6, n.14). Este reto es incluso más fuerte hoy, dado el número de conflictos armados y su carácter globalizado. Hemos escuchado el dolor y el sufrimiento de muchos como resultado de estas guerras y violencia, y a través de estas voces hemos discernido con humildad la llamada de Cristo para unirnos a lo que Dios está haciendo para la reconciliación: *“todo eso es la obra de Dios, que nos ha reconciliado con él en Cristo y que a mi me encargó la obra de la de la reconciliación”* (2 Cor. 5, 18). Como los primeros compañeros de la Compañía de Jesús, nos sentimos llamados a trabajar para *“reconciliar al separado”* (Fórmula del Instituto – 1550, 1).

34. Nuestra experiencia en la construcción de la paz y la reconciliación tiene sus raíces en nuestra espiritualidad ignaciana. Reconociendo nuestra fragilidad y maldad, hemos descubierto que hemos sido perdonados y reconciliados por el amor incondicional de Dios. Nos sentimos también llamados por el Señor para trabajar con Él al servicio de los demás compartiendo nuestra experiencia más profunda de un Dios Amor, que se compromete Él mismo con los seres humanos en medio de un mundo de violencia, y que Él mismo elige el camino para sellar una alianza con los hombres. Nos hemos sentido invitados por Cristo a caminar en solidaridad con aquellos que están crucificados por la violencia y la guerra, manifestándoles la compasión y la ternura incondicionales de nuestro Dios, crucificado de nuevo con las víctimas de hoy. Pero también hemos descubierto que la Resurrección de Cristo está presente entre nosotros, consolándonos y haciéndonos capaces de convertirnos en agentes de paz y reconciliación. Cristo está entre su pueblo, y nos lleva a comprometernos en la construcción de comunidades diferentes, pero en las que sean posibles la paz, la justicia y la armonía.

35. Nuestra misión como Jesuitas y como miembros de la Familia Ignaciana es proclamar que *“la fe que hace justicia [...] entabla diálogo con otras tradiciones, [...] evangeliza la cultura”* (CG 34, d.2, n. 21). Pero no podemos ser leales a esta misión a menos que hagamos frente a los retos que nos plantean los

diversos tipos de violencia, conflictos armados y guerras, que a veces hacen que sea imposible ejercer nuestra misión y llevar a cabo los fines a los que estamos llamados. Los conflictos actuales bloquean los cambios necesarios en el camino hacia la justicia, entorpecen las condiciones para un diálogo fructífero con otras tradiciones religiosas y generan tensiones y dilemas en un proceso más profundo de inculturación. Como consecuencia, el trabajo hacia la paz se convierte en un elemento esencial de nuestra misión.

ALGUNAS ELECCIONES ESTRATÉGICAS

36. Durante el proceso de nuestro discernimiento comunitario hemos percibido algunas líneas maestras que puedan orientar nuestra participación en la transformación del conflicto hacia una paz sostenible. No es nuestro objetivo proponer y detallar todas las opciones concretas que tendremos que elegir en nuestro camino. Más bien queremos destacar algunas orientaciones u opciones que puedan ayudarnos a avanzar en un camino más comprometido, participando más profundamente en la estrategia divina al servicio de una humanidad sumida en la violencia, como nos enseña la vida de Jesús de Nazaret. Nuestra más profunda orientación deber ser la esperanza hacia una paz universal e integral. Sabemos que en este esfuerzo vamos a involucrarnos en un proceso que sane las heridas y reconcilie a las personas, porque vivimos en un mundo violento que contrasta dolorosamente con nuestras visiones de paz. En este sentido, lo que exponemos en adelante, son temas de discernimiento que se dirigen a miembros de la Familia Jesuítica, involucrados en el servicio a la paz en medio de situaciones de violencia. Ya que discernimiento significa “proceso”, las posiciones que se exponen a continuación no deben considerarse cerradas.

UNA OPCIÓN POR LA LUCHA NO VIOLENTA A FAVOR DE LA JUSTICIA

37. Aunque la idea de no violencia es compleja y requiere un análisis matizado en cada situación concreta, apunta al deseo de trabajar por la paz en forma que refleje el objetivo, es decir, la justicia y la paz. Tendremos que poner un cuidado especial en no quedar atrapados en lógicas de violencia del tipo que sea. La violencia estructural puede ser particularmente crítica. La acción no violenta debería ser entendida desde el punto de vista de un ansia de paz en medio de situaciones de violencia.

No es ciertamente una forma de pasividad de cara a la injusticia. De hecho, puede haber momentos en que se requiera el uso proporcionado de la fuerza física, precisamente para contraatacar la injusticia o la violencia (situaciones de opresión o de violación masiva de derechos humanos, o de genocidio). Estamos llamados a un proceso de aprendizaje en la línea de lo que el Papa Juan Pablo II escribió en *Centesimus Annus*: “Que el hombre aprenda cómo luchar por la justicia sin violencia” (CA, III, 23)

UNA OPCIÓN POR AQUELLOS QUE SUFREN VIOLENCIA, GUERRA E INJUSTICIA

38. Al luchar por una paz sostenible en medio de situaciones violentas afrontamos la cuestión de dónde estamos y con quién nos aliamos preferentemente: ¿quiénes son nuestros amigos? Este es el tema planteado por nuestra opción por aquellos que sufren violencia, injusticia y guerra. Los que sufren, tocan nuestros corazones cuando oímos sus gritos y escuchamos sus historias. Junto con ellos y en un proceso cuidadoso de escucha y discernimiento, creemos que Dios nos dará la gracia de descubrir caminos originales y creativos para abordar y enfocar la violencia a la que nos enfrentamos juntos. Tendremos cuidado, en las situaciones de violencia, de no caer en la tentación de un victimismo fácil y de una demonización o polarización aún más fáciles. Es por tanto que serán necesarios análisis metódicos y precisos.

UNA OPCIÓN POR IDENTIDADES INCLUSIVAS E INTERDEPENDIENTES

39. La violencia, los conflictos y las guerras suelen provocar problemas de identidad. La construcción de identidades no es una actividad inocente en un contexto de violencia, y estamos convencidos de que en todas las situaciones concretas existe la necesidad de un proceso de discernimiento hacia la construcción y elaboración de identidades inclusivas, interconectadas e interdependientes, que en sus interacciones polifacéticas promuevan un esfuerzo por la paz. Será especialmente importante no enredarse en prejuicios y estereotipos, no imponer identidades negativas o inferiores a los demás.

OPCIÓN POR LAS MUJERES

40. En el contexto de los conflictos contemporáneos merecen especial atención aquellos que más sufren las consecuencias de la violencia: las mujeres.

Tenemos que aprender a ver con mayor profundidad el potencial de la mujer para la construcción de una paz sostenible. Los niños y ancianos sufren también la guerra de forma desproporcionada, y en nuestros ministerios debemos preocuparnos especialmente por su sufrimiento.

OPCIÓN POR EL APOYO A CULTURAS AMENAZADAS

41. Cada vez se hace más hincapié en el papel de las culturas en la transformación del conflicto y en la paz sostenible. Los pueblos indígenas han desarrollado en sus tradiciones estrategias para ello que nosotros tendemos a pasar por alto. Será importante, por lo tanto, afirmar, apoyar e incluso defender la dignidad y el derecho a existir de las culturas locales, mediante alianzas constructivas que sean propicias para procesos mutuos de aprendizaje precisamente en la construcción de una paz sostenible.

OPCIÓN POR UN BUEN GOBIERNO

42. Muchos de los conflictos y la violencia de hoy tienen su origen en la corrupción y en el mal gobierno, en medio de la ilegalidad o del abuso de la ley. La corrupción y las situaciones post-conflicto pueden socavar los esfuerzos previos por la paz. Por eso consideramos parte esencial de la defensa de la paz el prestar atención al buen gobierno y a la construcción de instituciones nacionales e internacionales más efectivas, en la línea que sugería Juan XXIII en *Pacem in Terris*. Ponemos el énfasis en un gobierno justo y una ley justa, en la transparencia y en la participación. Como contrapeso a los abusos legales y a los gobiernos corruptos, esto conlleva la voluntad de establecer alianzas con los que constituyen la sociedad civil (a nivel nacional e internacional) al servicio de la paz mundial. Este enfoque exige personas expertas y una profunda espiritualidad integradora: la capacidad de escuchar las voces y los gritos de los que sufren abusos, y un trabajo metódico de incidencia (*advocacy*) a nivel institucional.

OPCIÓN POR LA SOLIDARIDAD GLOBAL

43. Hemos visto que la globalización es un factor importante cuando tratamos de analizar hoy las realidades de violencia y paz, y que puede convertirse en fuente de nuevas formas de violencia e injusticia, o bien intensificar las formas existentes de violencia e injusticia. Nos hemos dado cuenta de

que es necesario promover una solidaridad global y una evolución en la solidaridad (Juan Pablo II). Nos sentimos llamados a desarrollar aún más la creciente interconexión global dentro de una red de responsabilidad y solidaridad mutuas.

RECOMENDACIONES INSTITUCIONALES DEL TALLER

PRINCIPALES PUNTOS A DESTACAR SURGIDOS DEL TALLER

1. Continuar desarrollando una visión general del trabajo de los jesuitas a favor de la construcción de la paz, basado en este documento final del taller. Esto podría hacerse en grupos locales, regionales, globales y sectoriales.

2. Ampliar a otras regiones y a grupos organizados alrededor de una temática vinculados a la Compañía de Jesús el método utilizado en el taller para analizar y reflexionar sobre el tema de la paz y la justicia social, basado en:

- el éxito del método del discernimiento y oración comunitarias sobre los temas tratados en el taller, y
- el énfasis en la diversidad: Jesuitas y laicos; hombres y mujeres; profesionales y académicos; personas con identidades diferentes; este elemento ha sido una causa importante del éxito del taller en sus esfuerzos por clarificar los temas de conflicto y paz hoy.

3. Estimular y apoyar las nuevas iniciativas desarrollando una espiritualidad y una teología para la construcción de la paz, contribuyendo a nuevas liturgias y expresiones artísticas en zonas donde se construye la paz. Invitar a universidades de los jesuitas, centros de espiritualidad y retiro y a los centros sociales a trabajar conjuntamente en la consecución de estos objetivos.

4. Desarrollar programas de formación para jesuitas jóvenes, para laicas y laicos que mejoren sus capacidades para responder a los temas de conflicto y paz teniendo en cuenta la necesidad de laicas y laicos de pensar en planes laborales a largo plazo.

5. Invitar a universidades de los jesuitas y a sus equipos a desarrollar en profundidad los análisis

necesarios para apoyar una incidencia (*advocacy*) efectiva para la construcción de la paz hoy. Con el objetivo de desarrollar este tipo de análisis, sería conveniente encontrar modos de fomentar las relaciones entre académicos, profesionales y especialistas en acciones de incidencia (*advocacy*). Podemos aprovechar el potencial de la Compañía en el campo de la educación a todos los niveles (desde primaria hasta la universidad) para perfeccionar un modelo educativo propicio al diálogo, a la construcción de la paz y a la reconciliación.

6. Finalmente, recomendamos que, donde se necesite, se fortalezca el desarrollo institucional de las obras del apostolado social. Muchas de estas obras por todo el mundo necesitan un refuerzo institucional para convertirse en instrumentos más eficaces de paz, especialmente en torno a los siguientes temas: sostenibilidad económica, compartir una formación espiritual, procesos de toma de decisiones, formación y asignación de tiempo para el trabajo en red. También se requiere un desarrollo organizativo adecuado para promover la asociación y participación a largo plazo de los laicos.

CONSTRUYENDO NUESTRAS CAPACIDADES

1. Encontrar la manera de establecer lazos entre los diferentes sectores y el Servicio Jesuita a Refugiados (SJR) sobre todo en materia de información, análisis, incidencia (*advocacy*) y educación. Por el hecho de ser una iniciativa importante de los jesuitas, SJR puede servir de punto de inserción y constituirse en referencia para muchas otras obras de los Jesuitas en temas de conflicto y paz.

2. Desarrollar nuevos modelos de articulación entre el apostolado social y otros sectores de la Compañía así como con organizaciones no jesuitas, basados en el modelo de sinergia e interacción que hemos experimentado en el taller.

3. Apoyar las redes que sobre estos temas surgen en las Asistencias, por ejemplo, África, y entre Asistencias, y ayudar a desarrollar aquellas iniciativas nuevas que parezcan apropiadas.

4. Apoyar y fortalecer redes existentes que se ocupen del tema, por ejemplo, IJND, AJAN, etc.

5. Reforzar las instituciones existentes que trabajan en el tema de incidencia (*advocacy*) y desarrollar

otras nuevas agencias, a nivel regional y global, que permitan a las redes de los jesuitas aplicar sus análisis sobre temas políticos de manera más eficaz.

6. Identificar tan pronto como sea posible a jesuitas jóvenes para el ministerio social y proporcionarles una profunda formación profesional en análisis social así como un aprendizaje en acción social, ofreciendo una oportunidad similar a nuestros compañeros laicos.

DESARROLLAR ESTRUCTURAS DE APOYO PARA ESTAS INICIATIVAS

1. Desarrollar un sistema eficaz de apoyo por Internet, que fomente la comunicación entre jesuitas y otros, que incluya un directorio de gente que trabaje en la zona, así como fuentes educativas y de investigación. Esto puede servir de base para una iniciativa de e-educación.

2. Buscar apoyos de Jesuitas y laicos con conocimiento del tema sobre cómo conseguir reunir fondos para estos proyectos de manera eficaz e intentar encontrar nuevas fuentes de respaldo económico para proyectos específicos.

Original inglés

Traducido por un equipo de Entreculturas*

*La traducción de este texto ha sido preparada por un equipo de Entreculturas. Agradecemos la colaboración especial de Carmen Pita e Isabel Paya (N. del E.).

“El conocimiento existe entre narices... y no solo en medio de nuestras orejas” Peter Bisson SJ

Esta expresión memorable se convirtió en algo así como un *mantra* que introdujo a los participantes en el proceso del “Taller Avanzado e Internacional sobre Violencia y Guerra: Intereses Culturales y Económicos”, promovido por el Secretariado para la Justicia Social y que tuvo lugar en Santa Severa, cerca de Roma, del 4 al 17 de septiembre de 2005. Tuve la suerte de estar entre las 45 personas allí reunidas (31 participantes y 14 facilitadores y organizadores), y se me ha pedido realizar un comentario del proceso, lo que voy a hacer con suma gratitud.

El primer punto a señalar es que el proceso fue parte del contenido. Es decir, las interacciones de los participantes – trabar conocimiento y confianza entre ellos, comunicar experiencias, puntos de vista y reacciones, escuchar con detenimiento al otro, rezar y reflexionar solos y en grupo, discernir, decidir y celebrar – no fueron simplemente medios expeditivos para alcanzar un fin particular. En este caso, el “fin” no era otro que formular propuestas al Padre General sobre en qué forma la Compañía de Jesús y sus obras deberían responder a la violencia, el conflicto, la guerra y la construcción de la paz hoy. Siendo éste el fin principal del Taller, hubo también otros dos: aprender la manera de discernir y decidir como grupo, y tratar de incorporar la teología, la ética y la espiritualidad a las técnicas típicas del apostolado social, es decir, el análisis, la incidencia (*advocacy*), el acompañamiento y el activismo. No es típico de un taller conceder tanta importancia al proceso, y si he de ser franco, tampoco lo es del apostolado social o del trabajo de muchas ONGs cristianas. Tendemos más bien a hacer hincapié en el análisis cognitivo u objetivo, pero no exclusivamente así. En el Taller, en cambio, los procesos fueron parte de la información y el análisis. Los organizadores estuvieron probando algo nuevo, y experimentaron con pleno conocimiento de causa. Tenían la idea de que el proceso tendría que ser crucial para un trabajo por la justicia basado en la fe, y el compromiso de probarlo fue, así lo creo, inspirado. Estoy profundamente agradecido a los organizadores por haber corrido este riesgo.

Antes de analizar y criticar el proceso, voy a describirlo. Combinaba elementos de dinámicas de grupo y discernimiento apostólico en común. Cada día de trabajo empezaba y terminaba con la oración. Las dos semanas se iniciaron con ejercicios diseñados para la formación de grupos y para presentarnos unos a otros. Una vez completados estos procesos preparatorios, dio comienzo la dinámica básica. Repetida una y otra vez de varias maneras, constaba de tres partes: En primer lugar, estudio personal, reflexión y oración. A continuación dos rondas para compartir y discutir en grupos pequeños (en total se formaron cinco grupos). La primera ronda era para compartir el fruto de la reflexión personal y la oración y la segunda para observar cómo había afectado la primera ronda a cada uno. Finalmente, los grupos pequeños presentaban sus resultados en las sesiones plenarias con todos los participantes, y en ellas, estos resultados se procesaban de varias maneras. Después, los organizadores encargados de redactar el documento final, utilizaron los resultados de las sesiones plenarias para dar forma al texto borrador. El contenido intelectual, sobre todo en forma de tres casos estudiados con detenimiento, pero también con alguna otra contribución teológica y analítica, se procesaba en esta dinámica de tres pasos. La contribución analítica, a través de esta dinámica, sacó a la luz experiencias y puntos de vista, que a su vez se convirtieron en parte de la información. La contribución clave del proceso al éxito del Seminario fue el reconocimiento explícito de subjetividad e inter-subjetividad. La información sobre cada persona y cada grupo se tomaron seriamente como insumos para el discernimiento. La forma en que los participantes, los grupos pequeños y finalmente las sesiones plenarias, respondieron a cada tema y a cada uno de los participantes se convirtieron en insumos para discernir el modo cómo Dios invitaba al Taller a participar en la actividad pacificadora de Dios en un mundo sacudido por la violencia, el conflicto y la guerra.

El proceso fue un gran éxito. ¿Cómo lo sé? Porque fuimos transformados. Porque, según creo, este grupo dispar de Jesuitas, laicas y laicos, católicos y musulmanes, procedentes de todo el mundo, se transformó de algún modo en un sujeto comunitario, activo y discerniente, con una identidad religiosa fuerte y sin embargo, abierta.

Una identidad religiosa que, por ser profundamente cristiana al modo ignaciano, era también en cierto modo pluralmente creyente, o al menos religiosamente abierta. Y nos fuimos maravillosamente consolados por la transformación. No obstante, este proceso era experimental y por tanto, como podía esperarse, también tuvo vacilaciones y tropiezos.

Para empezar, el proceso no era tan nuevo como pensaban los organizadores. Las técnicas de discernimiento comunitario se han desarrollado y probado, aunque recientemente, por parte de la Compañía de Jesús, siendo los ejemplos más notables los empleados por parte de John English SJ, y George Schemel SJ, y las casas de retiro en Guelph, Canadá y Warnersville, USA. Han desarrollado y probado estas técnicas tanto para el discernimiento apostólico como para el gobierno, y colaborado entre ellos desde principios de la década de los 80 hasta mediados de la década de los 90. Los organizadores del Seminario saben ahora que esta investigación está disponible.

Tengo no obstante que hacer dos críticas importantes y tres más pequeñas. Ante todo, parecía que a veces había desacuerdo entre un orden del día intelectual o de contenido y un orden del día enfocado al proceso. Cuando chocaban estos dos asuntos a tratar, ganaba habitualmente la parte de contenido -después de todo, es el método más familiar- pero el resultado solía ser trastorno y confusión en la sesión plenaria. Cuando un número significativo de participantes se quejaba en la plenaria o bien trataba de cambiar el orden del día, generalmente era en favor de más proceso, aunque nunca fue a favor de menos contenido. En segundo lugar, mientras que el elemento de "proceso" era fuerte en los grupos pequeños y en general funcionaba bien allí, resultaba débil en las sesiones plenarias. Las técnicas del grupo pequeño eran capaces de reconocer y utilizar las subjetividades de los participantes, pero las técnicas utilizadas en las sesiones plenarias no podían normalmente hacerlo. Para que la asamblea plenaria hubiese trabajado como un cuerpo capaz de discernir, hubiéramos necesitado técnicas para escucharnos allí unos a otros, y para reconocer cómo íbamos siendo transformados. En tal caso, hubiera sido más sencillo reconocer cómo iba actuando Dios en nosotros y en el mundo al mismo tiempo. Además, si los elementos de proceso hubieran sido más

fuertes en las sesiones plenarias, no sólo podríamos haber sido más capaces de discernir como asamblea, sino que también podríamos haber manejado más contenido y análisis. En vez de competir, los dos modos de llevar el orden del día podrían haberse reforzado mutuamente.

Y ahora paso a las críticas menores. Para que la plenaria hubiera sido un agente más capaz de discernir, en lugar de un cuerpo prioritariamente oyente y consultivo, tendríamos que habernos conocido unos a otros mejor y antes. El discernimiento comunitario se realiza mejor en una comunidad, donde la gente se conoce y existe confianza mutua. Los primeros ejercicios para la formación de grupos fueron extremadamente útiles, como lo fueron los intercambios previos al seminario o los breves informes autobiográficos, y el hecho de que vivíamos y comíamos juntos. Pero no llegamos a contar o a escuchar las historias de cada uno en detalle hasta muy avanzado el seminario, y esto se hizo en respuesta a una necesidad expresada por muchos. Cuando compartíamos historias, lo que ocurría sólo en los grupos pequeños, se generaba mucha energía, y esto era una confirmación de la importancia del ejercicio. Pero no había forma de suministrar esta energía y transformación durante la sesión plenaria, y por ello no formábamos comunidad como asamblea plenaria con la misma facilidad con que lo hacíamos en los grupos pequeños. Para que personas que se encuentran por primera vez puedan convertirse en una comunidad capaz de discernir, se debe empezar lo antes posible a compartir y escuchar, y es necesario que nos escuchemos unos a otros como comunidad. En segundo lugar, aunque era bueno que los facilitadores buscaran reconocer consolación y desolación en el Taller para ajustar los procesos, no sé si los que escribieron el documento intentaron igualmente utilizar los movimientos espirituales en el seminario para dar forma al texto. Probablemente lo hicieron así de manera implícita. Finalmente, todos los participantes, incluyendo los coordinadores y los grupos pequeños, podrían haber utilizado algunas instrucciones breves sobre técnicas para escuchar, facilitación, y discernimiento comunitario, especialmente sobre las diferencias entre discutir, debatir, compartir y discernir. Cada una de estas actividades ocupa su lugar, pero el truco está en reconocer cuándo y dónde.

Termino ya con la importancia teológica de lo que hicimos en el Seminario. En primer lugar ¿Qué hicimos exactamente? La inclusión del discernimiento apostólico comunitario en los métodos y características del apostolado social fue una forma comunitaria de leer los signos de los tiempos. Leer los signos de los tiempos es una forma social de discernimiento, porque los fenómenos sociales son los datos. Pero hacer esta lectura como comunidad, no sólo como individuos, convierte a este discernimiento social en comunitario, y aquí está la novedad. Pues la transformación de la comunidad por el proceso y los fenómenos se convierte en parte de los datos para el discernimiento, junto con los fenómenos sociales que son los "signos".

Es interesante constatar que esta es precisamente la forma en que cada uno de los cuatro documentos-misión de la CG 34 hizo sus discernimientos –en cada caso, un reconocimiento de las formas particulares en que ha sido transformada la Compañía de Jesús desde que la CG 32 se convirtió en un criterio para reconocer cómo actuaba Dios en el mundo. En segundo lugar, al conservar los aspectos normales del análisis, incidencia (*advocacy*) y acompañamiento, el discernimiento comunitario permite que nuestro método sea espiritual de principio a fin, en lugar de serlo sobre todo a nivel de motivación. La integración del discernimiento comunitario es también mucho más consistente con el hincapié que hace la CG 34 en la Compañía de Jesús como cuerpo y en nuestra experiencia religiosa. De la misma manera que el decreto *Servidores de la Misión de Cristo* utiliza la Contemplación sobre la Encarnación para observar lo que Cristo está haciendo en el mundo, así también el discernimiento comunitario cambia la pregunta central de "¿Cuáles son las necesidades allí fuera y qué tenemos que hacer?" por "¿Qué está haciendo Dios en el mundo?" y "¿Qué está haciendo Dios en nosotros?", es decir, cómo nos invita Dios a participar en su actividad divina. El discernimiento no puede reemplazar un análisis riguroso de las necesidades, pero sitúa la cuestión de la necesidad y de la respuesta en un contexto religioso.

En tercer lugar, este método hace litúrgico el trabajo por la justicia social, ya que asume que el agente primario o celebrante no somos nosotros sino Dios, a través de Cristo en el Espíritu. De esta manera el

trabajo de justicia social resulta menos una aplicación religiosa y más una experiencia religiosa de la cabeza a los pies. Finalmente, incorporar el discernimiento apostólico comunitario es también una cuestión de auto-coherencia. Puesto que, recurriendo a las teologías y filosofías de Bernard Lonergan SJ, y Emmanuel Levinas, si la subjetividad no se toma seriamente, todo uso de la "objetividad" sólo ejercerá sobre los individuos violencia intelectual y moral, y así difícilmente podemos promover la justicia y la paz. Como hemos aprendido en Santa Severa, "el conocimiento sólo existe entre narices... y no solo en medio de nuestras orejas"-y lo mismo puede decirse del discernimiento.

Original inglés

Traducido por un equipo de Entreculturas*

Peter Bisson SJ

Profesor Adjunto de Estudios Religiosos
Campion College de la Universidad de Regina
3737 Wascana Parkway
Regina, SK S4V 1L8
CANADÁ
<peter.bisson@uregina.ca>

*La traducción de este texto ha sido preparada por un equipo de Entreculturas. Agradecemos la colaboración especial de Carmen Pita e Isabel Paya (N. del E.).

Discernimiento para la No Violencia Algunas reflexiones personales sobre un Taller reciente Rudolf C. Heredia SJ

El Secretariado para la Justicia Social de la Compañía de Jesús ha organizado un taller sobre "Violencia y Guerra: Intereses Culturales y Económicos", del 4 al 17 de septiembre de 2005 en Santa Severa, Italia. Se emplearon tres tipos de metodología a tres niveles diferentes de compromiso. El primer nivel es la *discusión*. En él, se utiliza un insumo, o contribución, como pueden ser artículos que toman una posición u otros de tipo académico. El propósito es sobre todo una búsqueda intelectual para clarificar ideas. Esta es la premisa de todo proceso dialéctico, pero que muy fácilmente puede bloquearse en un debate estéril.

El segundo nivel sería de *diálogo*. En él se acentúa la comunicación abierta entre los participantes para iniciar una conversación que intente comprender, no sólo desde el punto de vista intelectual o nocional, sino más bien a un nivel más completo e inclusivo, más humano y personal. Muchas diferencias culturales y religiosas sólo pueden tratarse de forma provechosa a este segundo nivel.

El tercer nivel sería de *discernimiento*; aquí la prioridad es escuchar juntos la voz íntima de la conciencia, la presencia del Espíritu que se oye y se siente mejor en la "suavidad de la brisa" que sopla donde quiere, y a menudo no sabemos de donde viene o adonde va. Este tipo de escucha es una experiencia espiritual y bien puede ser contra-intuitiva, o llevar a un testimonio profético.

El primer nivel de discusión es apropiado para clarificar temas y conceptos y de esta manera profundizar la visión y afinar ideas. Muchas veces se orienta de manera más ideológica que intelectual, especialmente cuando conlleva preocupaciones divisivas y susceptibles de índole política y económica. Como resultado de su claridad y concisión puede sacar a la luz diferencias y divisiones sin que necesariamente las reconcilie o integre. Puede ser útil, pero en cualquier caso no es sino un primer paso en un encuentro de grupo constructivo. Sin embargo la discusión puede

polarizarse hasta el punto de imposibilitar cualquier avance.

El segundo nivel de diálogo viene a continuación. El estar a la defensiva y la desconfianza no favorecen una comunicación abierta. Todos llevamos nuestro bagaje de sospechas y aprensiones y, en cierta medida, el conocimiento de nuestras propias limitaciones y la introspección es una condición necesaria para cualquier comunicación realmente abierta. Por eso, un diálogo fructífero exige una cuidadosa preparación. Sin embargo, la comunicación abierta sin cierta claridad y comprensión de lo que estamos dialogando sólo puede conducir a compartir la ignorancia o peor aún, a malentendidos y no a un real entendimiento. Obviamente, el diálogo es un asunto delicado y es mejor considerarlo como un proceso de aprendizaje que nos invita a un compartir aún más profundo. No se trata de un acontecimiento único. La comprensión mutua y el descubrimiento de uno mismo, resultado del auténtico diálogo, son la base para reaccionar ante temas polémicos e intentar resolverlos.

Sin embargo, hay temas complejos y complicados que exigen una respuesta. Confrontados a tales ambigüedades e incertidumbres humanas, y cuando hayamos llegado al límite de nuestras propias capacidades, debemos buscar orientación en la voz interior del Espíritu para hacer un juicio prudente y actuar. Esto es precisamente el significado de discernimiento. El Espíritu no sustituye el esfuerzo humano pero sale a nuestro encuentro para guiarnos en el camino. Por eso el discernimiento de grupo debe seguir, no preceder, al diálogo en comunicación abierta. Y a su vez, el diálogo ha tenido que enriquecerse en primer lugar con una discusión que lleve a una comprensión más clara y amplia de los temas que se tratan.

El taller de Santa Severa se organizó incluyendo las tres metodologías en un proceso que se reiteró a lo largo de dos semanas. Si demostró algo, fue ciertamente lo gratificante que un proceso así resulta para sus participantes. Las contribuciones de los expertos, los tres casos estudiados (el Chad, la India y Colombia) y los temas y preocupaciones que surgieron de todo esto, representaron el primer nivel de discusión. El diálogo sobre ello

expresó el segundo nivel en cada grupo. Y finalmente, la atención cuidadosa a los movimientos del corazón y la persuasión de la voz interna del Espíritu culminó en el tercer nivel de discernimiento del grupo.

Sin duda alguna, es ésta una experiencia y una metodología a repetir para cualquier tema tan complejo y urgente como el que se trató en este taller. Pero si la repetición exige que aprendamos de lo que estuvo bien, debemos también ser sensibles a aquellos aspectos en que se quedó corto. Y en este caso, tengo que expresar una decepción personal, una tristeza por "el camino no tomado", aún cuando el consenso general parecía moverse en esa dirección. Sin embargo, forzar una conclusión sobre el tema de la no violencia, hubiera sido una contradicción en términos. Con todo, mantengo todavía la esperanza de que el umbral se cruzará en un futuro próximo.

La no violencia ocupó un lugar importante en las declaraciones del taller, pero no recibió una opción explícita en sus recomendaciones. Creo que la falta de claridad en el primer nivel de discusión no contribuyó a un diálogo más profundo ni a un discernimiento más sensible de la cuestión que nos fascinaba a todos: ¿hasta qué punto es viable una opción por la no violencia en un mundo violento? Para enfocar una cuestión así en diálogo y discernimiento, en primer lugar hemos de clarificar los temas a tratar. Si entendemos "violencia" como la violación de personas pertenecientes a grupos y comunidades, en ningún caso puede justificarse. Hablar de "*violencia defensiva*" es extremadamente problemático, cuando no, incluso, una contradicción en sus términos. Es mucho más exacto y propio hablar de la legitimidad y justificación de la "*fuerza defensiva*" contra los que violan, que han perdido sus derechos al fallar en su respeto a los derechos de los demás, y que por tanto pueden ser refrenados y contenidos por la fuerza apropiada y proporcionada que se requiera o necesite.

La opción por la no violencia no condena el uso de esa "fuerza defensiva". Por el contrario, es sensible a las posibilidades reales de todo uso de fuerza, particularmente en situaciones de violencia colectiva, que con excesiva frecuencia degeneran en daños colaterales involuntarios e incontrolables. En situaciones enormemente complejas no existen

instrumentos de precisión para el uso de la fuerza defensiva. No estoy aquí defendiendo que esta sea una opción para todos, ni siquiera para todos los cristianos. Pero de la misma forma que la opción por los pobres no es una opción contra los ricos, sino un testimonio profético del Reino, algunos pueden ser llamados a tomar una opción similar a favor de la no violencia, sin juzgar a aquellos que no la toman.

Sugerir que esta no es una opción práctica, supone ignorar el movimiento por la libertad de Gandhi, que derrumbó un imperio, o el movimiento por los derechos civiles de Martin Luther King que recondujo la violencia racial de los ghettos evitando más derramamiento de sangre, o el golpe pacífico contra el poder armado del Presidente Marcos en Filipinas, llevado a cabo por el Cardenal Sin, o la "Coalición del Arco Iris" de Nelson Mandela en Sudáfrica, que evitó allí un baño de sangre. Sólo tenemos que imaginar lo que hubiera significado en todos estos casos el uso de la fuerza defensiva, por muy justificable que hubiera sido, para darnos cuenta de hasta qué punto el poder moral de la no violencia puede ser a la vez realista y humanizador.

Con excesiva frecuencia el discernimiento se ha centrado no en la no violencia como una respuesta profética, sino en violencia y fuerza como defensa justificada. No puede negarse que la violencia estructural de la sociedad, masacres genocidas de víctimas indefensas, pogromos contra minorías étnicas... son temas difíciles e insolubles. Sin embargo, hemos sido más hábiles en desarrollar una teoría de la "guerra justa" que justifique la fuerza, que en discernir la no violencia como el medio para una paz justa. ¿Hasta qué punto hubiera sido distinto este taller si se hubiera centrado en "no violencia y paz"? Porque la no violencia es más que prevención de la violencia o que renuncia a la fuerza. Es una opción positiva por sufrir antes que infligir sufrimiento, una llamada a la conciencia basada en la autoridad moral de la causa y sus promotores.

¿No es este el camino de Jesús, el camino de la Cruz, del poder en la impotencia, el Misterio Pascual? Por supuesto, son aquellos que han experimentado la injusticia y el terror de la violencia los que pueden hablar de una opción así. Proponer esa opción desde una posición de poder,

privilegio y seguridad, no puede encontrar mucho eco. Pero no obstante, puede haber algunos que estén llamados a tomar esa opción al oír la voz interna del Espíritu y la voz sutil de la conciencia. El Arzobispo Oscar Romero tomó esta opción, renunciando a condenar a aquellos que no la tomaron. Muchos jesuitas han sido testigos, incluso con su sangre, y seguro que no en vano, desde los mártires de San Salvador a otros en situaciones similares en todo el mundo.

El taller de Santa Severa no terminó con una opción así, pero tampoco cerró las puertas. Quizás más adelante, pudiera ser que en la próxima Congregación General, las puertas se abran de nuevo y el Espíritu nos invite a caminar como caminó Jesús, porque Él también vivió en un mundo violento sobre el que triunfó al final sin violencia, pero sólo a costa de su propia muerte violenta. Es éste el coste de ser discípulos, que todos estamos llamados a discernir.

Santa Severa
4-17 Septiembre 2005

Original inglés
Traducido por un equipo de Entreculturas*

Rudolf Heredia SJ
Indian Social Institute
10 Institutional Area, Lodi Road
New Delhi 110 003
INDIA
<rudi@unv.ernet.in>

*La traducción de este texto ha sido preparada por un equipo de Entreculturas. Agradecemos la colaboración especial de Carmen Pita e Isabel Paya (N. del E.).

PRESENTACIÓN DE LOS PARTICIPANTES

Alber Husin (Filipinas)

Designación: Director del *Institute of Cultural Studies* (Instituto de Estudios Culturales) para Mindanao Occidental de la Universidad de Zamboanga. El Instituto promueve una mejor comprensión entre los diversos grupos culturales-religiosos de la región la cual posee una historia de conflicto desde la colonización hasta hoy.

Albert Alejo SJ (Filipinas)

Designation: Director de una ONG que se llama *Mindanawon Initiatives for Cultural Dialogue* (Iniciativas de Mindanawon para un Diálogo Cultural). Esta ONG promueve un "Diálogo en la Diversidad" desde donde los movimientos comunistas y musulmanes han desafiado a un Estado ineficiente y corrupto. *Mindanawon* actúa también en favor de los pueblos indígenas atrapados en las líneas de fuego y olvidados por los procesos de desarrollo.

Alejandro Angulo SJ (Colombia)

Designación: Director del CINEP (Centro de Investigación y Educación Popular), Bogotá.

Antoine Bérilengar SJ (Chad)

Designación: Trabaja en el *Centre d'Etudes et de Formation pour le Développement*, CEFOD, (Centro de Estudios y Formación para el Desarrollo). Teniendo en cuenta las necesidades de un país en desarrollo como el Chad, el CEFOD aspira a ser un espacio para promover estudios, reflexión crítica y diálogo.

Brian Lennon SJ (Irlanda)

Designación: En este momento trabaja en fomentar el dialogo entre comunidades y su objetivo general es promover un diálogo entre las personas que discrepan fuertemente en temas sociales y políticos contenciosos.

Charity Musamba (Zambia)

Designación: responsable del proyecto "Cancelación de deuda y comercio" en el *Jesuit Centre for Theological Reflection*, JCTR, (Centro Jesuita de Reflexión Teológica), Lusaka.

Christian Mellon SJ (Francia)

Designación: Trabaja en el *Centre de Recherche et d'Action Sociales*, CERAS, (Centro de Investigación

y Acción Social), un centro social de la provincia de Francia interesado en tratar, a la luz de la doctrina social de la Iglesia, temas sociales, económicos políticos e internacionales.

Costanza Pagnini (Italia)

Designación: Coordinadora de redes y editora de *Headlines* en el Secretariado para la Justicia Social, Roma.

Daniele Frigeri SJ (Italia)

Designación: Escolástico jesuita que trabaja en el Secretariado para la Justicia Social en Roma.

David Hollenbach SJ (Maryland - USA)

Designación: Profesor de ética social en el Boston College. Áreas de especial interés: derechos humanos, refugiados y crisis humanitarias.

Elías López SJ (España)

Designación: Trabaja en la preparación de una tesis doctoral sobre el tema "Perdón y Políticas de Paz" en la Universidad Católica de Leuven, Facultad de Teología. Asiste también en el Centro de la Teología de Liberación y participa en el programa de Masters sobre Conflicto y Paz Sostenible en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.

Elisée Rutagambwa SJ (Ruanda)

Designación: Estudiante de doctorado en Ética Teológica y enseña como Fellow en el Boston Collage, Massachussets. Tiene también un curso introductorio sobre teología Cristiana.

Fernando Franco SJ (Gujarat - India)

Designación: Secretario del Padre General, Peter-Hans Kolvenbach en el área de la Justicia Social.

Fernando Ponce León SJ (Ecuador)

Designación: Coordinador del apostolado social en el Ecuador. Durante los dos últimos años ha trabajado en el "Servicio Jesuita a Migrantes".

Gnana Michael Jasleen Mary (Tamil Nadu - India)

Designación: Trabaja en el grupo *People's Education and Action*, PEAK (Educación y Acción Popular) en las montañas de Kodaikanal. Este grupo trabaja principalmente con Dalits y pueblos indígenas y está formado por animadores laicos, líderes del movimiento *Ambedkar People* (Pueblo de Ambedkar), colaboradoras religiosas y jesuitas.

Hugo Alexis Moreno SJ (Colombia)

Designación: Director del Servicio Jesuita a Refugiados en Colombia. Forma parte también del Comité Ejecutivo de otros dos centros sociales (Programa por la Paz y el CINEP).

Jacques Haers SJ (Bélgica)

Designación: Enseña teología sistemática, de la liberación y contextual en la Facultad de Teología K.U Leuven (Bélgica) y preside el Centro para la Teologías de la Liberación.

James Sundar (Madurai - India)

Designación: Animador Nacional de la *All India Catholic University Federation*, AICUF (Federación de todos los estudiantes católicos universitarios de la India) que está federada al *International Movement for Catholic Students*, IMCS (Movimiento Internacional de Estudiantes Católicos).

Jimmy Dabhi SJ (Gujarat - India)

Designación: Director del *Indian Social Institute*, (Instituto Social de la India) New Delhi.

João Batista Moreira Pinto (Brasil)

Designación: Trabaja en la *Fundação Movimento Direito e Cidadania*. Los principales objetivos del centro son el cabildeo y la incidencia en favor de la ecología, de la realidad jurídica y política a través de la educación universitaria popular.

John Kleiderer (Washington D.C - USA)

Designación: Analista de Política en la Oficina para Ministerios Sociales e Internacionales de la Conferencia Jesuita de Estados Unidos. Su misión principal es la incidencia sobre temas específicos de política con el gobierno de los Estados Unidos.

Julia Dowd (California - USA)

Designación: Directora Asociada del *Lane Center for Catholic Studies and Social Thought* (Centro Lane de Estudios Católicos y Pensamiento Social) de la Universidad Jesuita de San Francisco, California. El Centro apoya becas, educación y la promoción de la tradición intelectual católica fijándose principalmente en las dimensiones sociales del magisterio de la Iglesia.

Lazarus Stany SJ (Patna - India)

Designación: Director del *Sampurna Vikas Samiti*, (Agrupación por el Desarrollo Total), un centro de acción social jesuita en Bihar (India) que trabaja

por mejorar la condición de los pobres y de las comunidades Dalit.

Battu Mari Leela Kumari (Andhra Pradesh - India)

Designación: Fundadora de la organización *Dalit Women Literary Parishad* (Academia de Literatura sobre las mujeres Dalit). Ha publicado 20 libros de diverso tamaño, con el fin de sacar a la luz la historia escondida de la realidad actual de las mujeres y hombres Dalit.

Liliana Carvajal (Italia)

Designación: Secretaria del Secretariado para la Justicia Social, Roma

Lucia Rodríguez (España)

Designación: Trabaja en Entreculturas, una ONG jesuita de desarrollo que apoya proyectos de educación popular en América Latina y África y lleva a cabo campañas educativas, de comunicación y de incidencia política para concientizar a la sociedad española sobre el papel esencial de la educación en el desarrollo.

Marlene Eizaguirre (España)

Designación: Trabaja en Alboan, una ONG de desarrollo promovida por los jesuitas en la provincia de Loyola. La misión de Alboan, que significa "junto a", es el trabajo con gente y grupos de todo el mundo promoviendo un mundo mejor.

Mauricio García Duran SJ (Colombia)

Designación: Prepara su Doctorado en el *Department of Peace Studies* (Departamento de Estudios sobre la Paz) en la Universidad de Bradford (Reino Unido). La investigación estudia la movilización por la paz en Colombia durante los últimos 25 años.

Michael Schöpf SJ (Alemania)

Designación: Asistente del Director en el Servicio Jesuita a Refugiados en Europa (Bruselas).

Miguel Alvarez Gándara (México)

Designación: Director de Serapaz (Servicios y Asesoría para la Paz), una organización civil dedicada principalmente al proceso de la paz en Chiapas.

Miroslav Klobucar (Croacia)

Designación: Trabaja en una organización fundada hace 10 años en Croacia con la misión de escuchar,

discernir, y actuar junto con personas, grupos y organizaciones que integren vida y fe.

Norbert Frejek SJ (Polonia)

Designación: Trabaja en el *Angelus Silesius House*, (Casa Angelus Silesius) fundada por jesuitas polacos; es una institución educativa para jóvenes de 15-26 años que se dedica al cuidado de jóvenes en dificultad, con bajo nivel educacional y una pobre base social.

Omondi Elias Opongo SJ (Kenya)

Designación: Trabaja en el *Jesuit Hakimani Center*, JHC (Centro Jesuita Hakimani) de la Provincia de África del Este. La palabra "Hakimani" combina dos palabras Swahilis: "Haki" justicia, y "amani" paz.

Patxi Alvarez SJ (España)

Designación: Trabaja en Alboan y está especialmente encargado de temas sociales, formación y la facilitación de seminarios.

Peter Bisson SJ (Canadá)

Designación: Profesor-Asistente de Estudios Religiosos en el *Campion College*, de la Universidad Regina de los jesuitas en el oeste de Canadá. Su docencia e investigación se centran en la relación entre religión y justicia hoy. Colabora también con el Centro Social Jesuita para la Fe y Justicia de Toronto que se interesa en temas de ecología, refugiados, y pensamiento social católico.

Pudji Tursana (Indonesia)

Designación: Coordinador del Servicio Jesuita a Refugiados en Indonesia-Sumatra del Norte y trabaja en la asistencia a los desplazados internos.

Raúl González Fabre SJ (Venezuela)

Designación: Trabaja en el Instituto de Investigación Social y Economía de la universidad jesuita en Caracas (Venezuela) y continua con trabajos de investigación teóricos en justicia económica. Es también profesor de Ética y Economía en la Facultad de Economía.

Raymond Bucko SJ (Wisconsin - USA)

Designación: Profesor de Antropología y de Estudios sobre Americanos Nativos en la Universidad de Creighton. Es director del programa de Estudios sobre Americanos Nativos, y ejerce la cátedra de Antropología y Sociología. Es

miembro del comité del diálogo interreligioso de los jesuitas de Estados Unidos, consejero del comité *Ad Hoc* de ministerios con americanos nativos de la Conferencia de Obispos de los Estados Unidos y prepara a personal católico destinado para trabajo pastoral entre pueblos nativos americanos.

Rudi Heredia SJ (Bombay - India)

Designación: Profesor Asociado, Editor de *Social Action* (Acción Social) y escritor, en el *Indian Social Institute*, ISI, (Instituto Social de la India), New Delhi.

Sali Augustine Tharappel SJ (Japón)

Designación: Trabaja en la División de Estudios de Graduación en el Departamento de Estudios Extranjeros de la Universidad Sophia de Tokio. Esta División se concentra actualmente en estudios de desarrollo y conflicto, derechos humanos y otros temas sociales de Asia, América Latina y el Oriente Medio.

Stany Tirkey SJ (Madhya-Pradesh- India)

Designación: Director de *Jeevan Vikas Maitri*, (Vida, Desarrollo, Amistad) un centro que trabaja con Adivasis en áreas de formación y capacitación, liderazgo, temas ecológicos, y la promoción de un desarrollo sostenible.

Sylvanus Kerketta SJ (Ranchi - India)

Designación: Director del centro agrícola *Namkum* perteneciente a los jesuitas de Jharkhand, India. Durante los últimos tres años el centro ha organizado cursos de capacitación al liderazgo, asistencia para la elección de carrera y talleres de capacitación para la juventud.

Victor Moses SJ (Gujarat - India)

Designación: Director del *St. Xavier's Social Service Society*, (Sociedad de Servicios Sociales San Javier) en Ahmedabad, Gujarat, India. Es una organización que trabaja por el empoderamiento de la gente a través de una gama variada de intervenciones relacionadas con el desarrollo, la capacitación, organización de comunidades, protección del niño, importancia de una política de género, justicia y derechos humanos, prevención de conflictos y construcción de paz.

Winai Boonlue Michael SJ (Indonesia)

Designación: Estudiante de Teología en la Universidad Gregoriana.



C.P. 6139—00195 ROMA PRATI—ITALIA
+39 06688 06418 (fax)
sjs@sjcuria.org